



SIGRID

MARGOTTE CHANNING

SIGRID

MARGOTTE CHANNING

www.margottechanning.com



Copyright © 2019 Margotte Channing

Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

PROFECÍA DEL BERSERKER

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

EPÍLOGO

PROFECÍA DEL BERSERKER

(FRAGMENTO DE LA SAGA NÓRDICA BARJTBÖRG)

... Y algunos hombres pertenecientes al valiente pueblo vikingo nacerán con un berserker* en su interior, y su alma solo estará completa cuando acepten a su andsfrende en ella.

... Y si se niegan a cumplir con su destino, se reencarnarán en la tierra por tres veces y sus tres vidas estarán llenas de atroces sufrimientos, hasta que acepten a la mujer que les ha sido destinada.

... Y si continúan negándose a aceptar los designios de Odín serán enviados a la isla mágica de Selaön, donde servirán como molugs* al menos durante 500 años.

Y nunca encontrarán la paz.

*Berserker: espíritu muy agresivo con el que nacían algunos guerreros vikingos que, con el paso del tiempo, poseía sus mentes llegando a volverlos locos y, en algunos casos, provocando que asesinaran a todos los que les rodeaban. La leyenda dice que ese espíritu solo se calmará si el hombre que lo porta en su interior encuentra a su compañera, lo que ellos llaman su andsfrende.

*Molugs: extraños seres que habitan en los Bosques Oscuros de la isla mágica de Selaön y que son mitad árboles y mitad hombres. No tienen recuerdos de sus vidas anteriores y su destino es servir 500 años como soldados en uno de los cuatro palacios de la isla.

UNO

Stavanger, Noruega.

Año 1241

La casa era de piedra, pequeña y muy antigua y parecía que fuera a derrumbarse en cualquier momento. Al entrar en ella, lo primero que se veía era que había un gran agujero en la pared del fondo que alguien había intentado cubrir con unos cuantos tablones mohosos, a través de los que se colaban libremente el agua y el frío. La única manera de soportar la frialdad que había en aquel desolado lugar, era pegándose al miserable fuego que ardía en un rincón; lo que hacía una anciana desdentada y con ojos de serpiente, que no dejaba de mirar las llamas como si en ellas se encontraran las respuestas a todas sus preguntas.

Junto al agujero mal tapado con tablones, se encontraba una niña muy sucia, con el pelo largo y enredado que estaba sentada con las piernas encogidas, en las que apoyaba la cabeza, por lo que no podía vérsela la cara.

Estaba sentada sobre unos viejos sacos de arpillera, sobre los que hacía toda su vida. Su muñeca derecha estaba aprisionada por un grillete, unido a una larga cadena de hierro que colgaba de la pared por una argolla. El cuerpo de la niña tembló por la ráfaga de viento invernal que entraba por su costado izquierdo, el más cercano al agujero. Pero el frío no le importaba demasiado, estaba acostumbrada, lo peor era el agua y por el olor que traía el viento, supo que esa noche llovería y de solo pensar en pasar otra noche con la cama llena de agua, sintió que se le ponía un nudo en la garganta. Porque la humedad solía hacer que se pusiera enferma y que no pudiera trabajar al día siguiente y, si no podía trabajar, Isgerdur la castigaría. Y sus castigos hacían que deseara la muerte.

Llamaron a la puerta y la anciana se levantó a abrir. Sigrid, sin levantar la cabeza, ya que sabía que no debía hacerlo a menos que la bruja se lo dijera, escuchó un murmullo, pero no hizo ningún esfuerzo por saber de qué hablaban.

Sabía que ese era el momento en el que los clientes pagaban a Isgerdur por su trabajo.

Esperó a que la anciana la llamara.

—¡Levanta, Sigrid! ¡Tienes que trabajar y ganarte la comida!

La bruja, viendo que la niña andaba muy lentamente por la debilidad y por un reciente enfriamiento del que todavía no se había recuperado, se acercó y la cogió de un raquítico brazo y tiró de ella, para llevarla junto a la joven mujer que esperaba junto a la puerta.

Luego, Isgerdur explicó a la desconocida lo que tenía que hacer, mientras que ella volvía a sentarse frente al fuego:

—Siéntate —señaló la otra silla que había frente al fuego, ya que era el único sitio donde se podía ver algo en plena noche. La mujer se acomodó a su lado, aunque no parecía sentirse muy a gusto y no hacía más que mirar hacia el suelo, seguramente esperando que hubiera alguna rata.

Isgerdur continuó con su explicación:

—Tienes que pensar en la pregunta que quieres que la niña te responda. Luego, pon la palma de la mano derecha hacia arriba y deja que ella coloque la suya encima —señaló con el índice a la niña harapienta y la mujer se quedó mirándola fijamente.

—¿Solo eso?

—Sí, es todo lo que necesita.

La joven se estremeció, arrepentida por haber ido a un lugar tan desagradable, pero obedeció y la niña colocó cuidadosamente su mano derecha encima de la suya. Sigrid cerró los ojos y su cuerpo empezó a temblar, como hacía el agua cuando hervía en una olla. La mujer estuvo a punto de retirar la mano, asustada, pero la anciana le hizo un gesto para que no lo hiciera.

—Espera —susurró.

La bruja observaba a la niña con los ojos entrecerrados y una expresión de maldad en el rostro, sabiendo lo que le iba a ocurrir en unos segundos y disfrutando por ello.

A pesar de los años transcurridos desde que la había raptado y de las muchas veces que la había castigado físicamente o de otras maneras, seguía disfrutando gracias a su sufrimiento tanto como al principio. Lo único que sentía era no poder decirle a su hermana Maeve, la madre de la niña, que la tenía en su poder, porque prefería que sufriera aún más al no saber qué había sido de ella. Tan grande era su odio hacia su hermana, que había ideado un hechizo para que nadie pudiera encontrarlas, aunque eso le obligaba a vivir en la más extrema pobreza, ocultando su apariencia real con el aspecto de una vieja bruja.

Sigrid abrió los ojos, pero su mirada estaba vacía porque estaba en trance y, con voz monótona, vaticinó:

—Tendrás un varón antes de un año —luego, se derrumbó en el suelo, inconsciente.

La anciana le echó una mirada de desprecio, pero no hizo intención de moverse y volvió a hablar a la mujer:

—Ya la has oído, parirás un varón antes de un año. Y ella nunca falla.

La desconocida sintió la necesidad de preguntar, señalando a la niña que seguía en el suelo tirada:

—¿No deberíamos comprobar si está bien? O ayudarla a levantarse... —la anciana sonrió enseñándole las encías sin dientes.

—No te preocupes por ella, dentro de un rato se despertará sola. Esto le pasa siempre.

La mujer se levantó después de echar una última mirada a la niña y salió de la casa horrorizada, decidida a no volver nunca más.

Algunas horas después, esa misma noche, Sigrid estaba comiendo un cacho de

pan que había conseguido esconder antes de que Isgerdur lo viera. Afortunadamente, la anciana tenía el sueño pesado y la niña había aprendido a moverse silenciosamente a pesar de que, ni siquiera por las noches, le quitaba el grillete.

Cuando terminó el pan seguía con hambre, pero se bebió un cuenco entero de agua, algo que solía hacer todas las noches. Había descubierto que sí se saciaba un poco más, al menos durante unas horas. El agua lo cogía de un cubo que siempre estaba fuera para que se llenara con la lluvia, y al que llegaba sacando el brazo a través del agujero.

Rellenó el cuenco y se lavó la cara y las manos, y luego cogió el único libro que había en la casa, con el que estaba recordando cómo leer. Si se concentraba mucho, podía imaginar las blancas manos de su madre sujetando un libro de cuentos para enseñarle, como distinguir las letras y a juntar, primero las sílabas, y luego las palabras.

Aunque ya conocía el contenido del libro de memoria, todas las noches leía unas líneas hasta que sentía que se le cerraban los ojos de sueño, entonces, volvía a dejarlo sobre la mesa, en el lugar exacto en el que siempre lo tenía la bruja, y se acostaba sobre los sacos de arpillera para dormir. Entonces, recitaba los hechizos que había leído en voz baja para que Isgerdur no la oyera, imaginando que su madre, de cuya cara no se acordaba, estaba de nuevo a su lado.

Y, mientras hacía eso y el sueño llegaba, pasaba el dedo insistentemente entre el grillete de hierro y la muñeca presa, intentando calmar la carne inflamada. Pero no servía de nada porque siempre le dolía.

Sigrid, en ese momento, tenía diez años.

SIETE AÑOS MÁS TARDE...

Alrededores del Castillo de Tonsberg, Noruega

Ragnar estaba de pie junto a su segundo, Egil, observando la extraordinaria fortaleza que había resistido desde hacía casi un año, a todos los intentos del ejército del rey por conquistarla. La lluvia azotaba la enorme fortificación haciéndola resplandecer como una joya oscura bajo un cielo lleno de nubes cargadas de agua.

Era una construcción impresionante y desoladora a la vez, que se había erigido con el propósito evidente de desanimar a todos los enemigos que intentaran asaltarla. Sus altísimas murallas de más de veinte metros estaban coronadas con sólidas almenas, y tenía cuatro inmensas torres distribuidas a intervalos regulares, con las correspondientes saeteras llenas de arqueros esperando que les dieran la orden de disparar.

También había una plataforma adosada a la pared exterior de la muralla principal, donde los guerreros estarían excelentemente situados para poder arrojar agua o aceite hirviendo sobre cualquiera que intentara trepar por la muralla.

Ragnar la estudiaba sin prestar atención a la glacial lluvia que lo empapaba, observando y planeando. El castillo estaba muy bien preparado para soportar cualquier asedio y comprendía por qué había aguantado tanto tiempo los esfuerzos de invasión del enemigo, pero incluso las fortificaciones más formidables tenían una debilidad. Y él la encontraría.

Egil le dio un suave codazo para avisarle de que se acercaba alguien, aunque su toque era innecesario porque ya se había dado cuenta. Era uno de los beneficios de ser un berserker, que todos sus sentidos eran superiores, normalmente, a los del resto de los hombres.

Respetuosamente, se dio la vuelta para saludar al rey. Hasta la lluvia había empezado a caer con menos fuerza, aunque no había escampado del todo,

como si también fuera consciente de su llegada.

—¡Ragnar! ¡se me ha hecho eterna la espera hasta que has llegado! —el aludido inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Majestad, me puse en marcha en cuanto me llegó vuestro mensaje —contestó.

—¡Te he dicho muchas veces que me llames por mi nombre! —protestó el monarca con una sonrisa y en un impulso extraño, abrazó a su antiguo capitán quizás arrepentido por la injusticia cometida con él y con el resto de los berserkers de su guardia años atrás, cuando finalizó la guerra y los echó de su lado porque ya no los necesitaba. Precisamente por esa razón, estaba más que agradecido por el hecho de que Ragnar hubiera acudido tan rápido en su ayuda.

—Claro, Haakon.

El rey, inclinando la cabeza con aprobación, se separó de él y giró su cuerpo para mirar de frente el castillo, que se encontraba a unos quinientos metros de distancia, lo señaló con la mano derecha que estaba protegida por un guantelete de piel y preguntó:

—¿Qué te parece? ¿crees que podrás conquistarlo para mí?

Ragnar volvió a mirar la imponente construcción y a valorar sus defensas y cuál sería la mejor manera de atacar, y luego observó el ejército del rey que estaba acampado entre ellos y el castillo, a una distancia de unos cien metros de este. Hacía rato que pensaba que quizás el problema no estuviera solo en el castillo.

—Quiero hablar con los soldados, parecen algo desanimados.

—Querrás decir con los mandos —contestó una voz a su izquierda.

Ragnar miró con estudiada frialdad al hombre que había intervenido sin que nadie le preguntara. Era Ewan. No le extrañaba que no le gustara que Ragnar estuviera allí, porque el rey le estaba encomendando una misión que tendría

que estar realizando él, como capitán del ejército. Y conocía a Ewan lo suficiente como para saber que no olvidaría algo así. Era demasiado ambicioso.

Pero él no había ido hasta allí para llevarse bien con Ewan. Por eso, al contestar, imprimió la suficiente indiferencia en su voz como para que nadie tuviera ninguna duda de lo que le importaban las opiniones de Ewan. Nada.

—He dicho lo que quería decir. Que quiero hablar directamente con los soldados.

El violento capitán, al notar el desprecio en su voz, se adelantó dispuesto a pelear, pero el rey levantó el brazo derecho estirado, colocándolo frente a su pecho para que supiera que le estaba prohibido pelear con Ragnar, y Ewan, muy a su pesar, se inclinó servilmente aceptando la orden silenciosa.

Y Ragnar sonrió burlonamente al verlo.

El rey había detenido a Ewan, aunque siempre le había gustado ver cómo se peleaban sus soldados por su favor, porque en ese momento lo más importante para él era que Ragnar conquistara el castillo.

A pocos metros de allí, entre los muros del castillo, la mayor parte de los habitantes no estaban pendientes del ejército agresor. Exceptuando los soldados que estaban en las almenas o en las torres, el resto de los que vivían en la fortaleza se hallaban rodeando una tosca tarima de madera que era utilizada para ajusticiar a los presos, cuando así lo decidía el jarl.

En esta ocasión, algunos soldados estaban colocando encima del cadalso un montón de ramas y de leña en forma de pira, para quemar a una bruja.

Aunque a Sigrid le dolía tanto la espalda que tenía que apretar los labios para no gritar de dolor, se esforzó en levantarse para enfrentarlos de pie, con una dignidad que nadie le había enseñado a mostrar. Entrecerró los ojos intentando ver quién traía la antorcha que alumbraba el pasillo y vislumbró la fornida silueta del malvado mayordomo, Uru, y temió que lo acompañara el jarl y, enseguida, vio que así era, por desgracia, y que esta vez venían los dos solos.

Algo muy malo estaba a punto de ocurrir, lo había visto en sus sueños.

Aquella muchacha no era el estilo de chica que normalmente atraía a Valdis, el jarl de la comarca, un hombre entrado en años y carnes. Sin embargo, no había sido capaz de dejar de pensar en ella. Noche tras noche se la imaginaba atrapada bajo su cuerpo mientras se introducía en ella, apretando con sus manos aquellos diminutos senos blanquecinos, inmovilizando sus esbeltas piernas mientras ella se retorció violentamente y sus enormes ojos verdes lo miraban aterrados. Aquella imagen lo perseguía incesantemente desde que la conoció, hasta que dejó de desear a ninguna otra. Incluso estaba seguro, en el fondo de sí mismo, de que le había lanzado un hechizo, aunque hasta que la conoció él no creía en esos cuentos.

Había decidido que la haría suya, de la manera que fuera, para aplacar su lujuria, pero, hasta ahora, su miedo había superado a su deseo, por eso seguía intentando que ella cediera y que se uniera a él por propia voluntad, aunque solo fuera una vez. Después, cuando se la quitara de la cabeza y de la sangre, la mataría. Y estaba deseando hacerlo.

No sabía cuánto tiempo llevaba Sigrid instalada en sus tierras cuando él, en una expedición de caza, encontró su cabaña por casualidad al separarse del grupo que lo acompañaba. Ella fue muy amable y lo agasajó tímidamente, ofreciéndole una taza de té y unas gachas que él comió absorto en su juvenil belleza. Visitó su casa unos días después y ella lo recibió extrañada e incómoda, algo de lo que él se dio cuenta, pero no le importó y, al poco de entrar en la austera cabaña, intentó besarla y ella lo rechazó. Con un susurro le aseguró que no estaba interesada y a pesar de que él le ofreció todo tipo de riquezas si aceptaba, ella siguió negándose, aunque su casa era la más pobre en la que Valdis había entrado nunca.

Durante días estuvo pensando cómo conquistarla, cuando alguien le habló sobre el rumor que se había extendido por toda la región de que había una bruja extraordinariamente bella viviendo en lo más profundo del bosque. Entonces supo que había encontrado la manera de presionarla para que no se le siguiera negando, e hizo que sus soldados la trajeran al castillo. Sin embargo, Sigrid siguió sin ceder, a pesar de todo. Siempre se mostraba fría e indiferente y, al menos aparentemente, parecía darle igual lo que le hiciera. Y eso solo provocaba que él la deseara más.

Ahora, con el enemigo a las puertas del castillo, Valdis había decidido acabar con su mayor debilidad. Sabía que era cuestión de tiempo que la fortaleza cayera y corría el rumor de que Haakon había hecho venir a un berserker, antiguo soldado de su ejército, que era un especialista en conquistar castillos particularmente difíciles. Había llegado el momento de que Sigrid muriera. La deseaba más que nunca, pero él ya había preparado su huida junto con la de su mujer y sus hijos para esa misma noche, y no podía soportar pensar que la muchacha sería de otro cuando se marchara.

Se detuvo ante la celda junto a Uru, su mayordomo, que permaneció a su lado alumbrándole con una antorcha. Todos los soldados estaban arriba pendientes del ataque o preparando la hoguera, y tampoco había ningún otro prisionero en el resto de las celdas, ya que los habían ido ajusticiando uno detrás de otro para entretener al pueblo.

—Todos te esperan —anunció —además, hace un día espléndido para algo así —añadió, torciendo la boca con malévolo placer —el viento es perfecto.

Luchando contra un temblor que le recorría el cuerpo, Sigrid lo miró de frente y erguida. Uru abrió la puerta de la celda y Valdis se colocó ante ella.

—Dame las manos —le ordenó, blandiendo una larga soga.

Uru había sacado una enorme daga de algún sitio, preparado por si la muchacha se rebelaba, pero ella cerró los dedos de las manos en sendos puños y alargó los brazos hacia el jarl. No podía entender el miedo que sentían esos hombres por ella, ya que, a pesar de todo lo que le habían hecho, nunca se había mostrado agresiva.

Una vez que Valdis se aseguró de que las ataduras estaban tan fuertes que se le clavaban en la carne, los dos hombres la agarraron por los brazos y la empujaron hacia el lóbrego pasillo, pero un animalito peludo se escabulló corriendo delante de ellos, y Sigrid se detuvo, inquieta.

Los dos hombres se burlaron de ella al ver su reacción.

—¡Una bruja asustada por una minúscula ratita! —dijo con un resoplido el mayordomo.

—¿Por qué no le echas un maleficio para librarte de ella? —se mofó Valdis, aunque en el fondo de su mirada Sigrid podía vislumbrar el miedo que sentía por ella, pero Uru interrumpió sus pensamientos al celebrar con una grosera carcajada la burla de su jefe.

Al ver cómo se reían de ella, sabiendo que iba a morir por no haber accedido a los deseos de un miserable como Valdis fue superior a sus fuerzas y decidió que, al menos, intentaría que su asesino no disfrutara tanto con su ejecución.

—Yo que tú no me reiría tanto, Valdis. No puedo evitar que me matéis, pero mi espíritu volverá y te rondará día y noche, hasta que te vuelvas loco — amenazó, con voz grandilocuente —¡Morirás poco después que yo, pero antes, sufrirás una terrible agonía! —no le importó que la empujaran para que subiera las escaleras, porque había visto el gesto de terror del malvado jarl.

Como tropezó por el empujón, volvieron a agarrarla por los brazos para ayudarla a subir a la planta superior, luego, la llevaron a rastras a través de un pasillo vacío hasta el patio de armas, donde esperaban impacientes los habitantes del castillo que querían distraerse del asedio, gracias a su muerte. Increíble, Sigrid vio que todos parecían odiarla, los hombres, mujeres y niños presentes la gritaban insultándola, a pesar de que ella no conocía a nadie.

Unos cuantos soldados controlaban que la muchedumbre no la atacara antes de tiempo y estropeará el espectáculo. La muchacha respiró profundamente y ocultó sus sentimientos tras una expresión tranquila mientras caminaba delante de ellos, de camino a la que sería su pira funeraria.

—¡Ahí está! —gritó una mujer con voz aguda, señalándola.

—¡Bruja! —vociferó otra joven con mirada de odio, apretando contra el pecho a su bebé —¡tú has puesto enfermo a mi niño!

—¡Asesina! —un joven delgaducho que no aparentaba tener más de trece años, se debatía con los guardias para que lo dejaran llegar hasta ella —¡un hechizo tuyo mató a mi madre!

—¡Ramera de Satán!

Valdis tenía que irse a la tribuna desde la que presidiría la ejecución, aunque no le apetecía marcharse, estaba disfrutando demasiado y, por eso, antes de hacerlo, susurró unas palabras en el oído de ella.

—Parece que todos te desean lo mejor, ¿verdad? Tenías que haber cedido a mis deseos mientras podías, bruja, ahora arderás en el infierno.

Luego se marchó para sentarse en el estrado, donde esperaban su esposa y sus tres hijos que estaban deseando asistir a la quema de la bruja desde primera línea.

Sigrid continuó andando y escuchando los insultos que le lanzaban todos con las caras contraídas por el odio, convencidos de que ella tenía la culpa de todo lo malo que les hubiera ocurrido alguna vez. La multitud fue enardeciéndose y acercándose a ella cada vez más, hasta que los tuvo encima a pesar de los guardias. Lo siguiente que supo es que le estaban tirando del pelo, del vestido y arañándole la cara.

—¡Esbirra del diablo!

—¡Semilla de Satán!

—¡Sucia ramera!

Estaba aterrada. Levantó los brazos, que seguía teniendo atados, intentando protegerse la cara, mientras recibía una lluvia de golpes sobre la espalda y los hombros y, cuando no pudo soportarlo por más tiempo, cayó de rodillas. Entonces, uno de los soldados la levantó en volandas y la llevó así hasta la tarima en la que iban a quemarla.

Desde aquel lugar, por ser más alto, pudo ver que Valdis tenía razón al menos en una cosa. Era un atardecer precioso.

Los soldados habían amontonado ramas secas y turba sobre la plataforma y bajo esta, por lo que solo sería necesario lanzar allí una antorcha encendida para que todo ardiera en llamas. Intentó no pensar en cómo sería morir así, puede que hubiera sido preferible hacerlo ahogada o incluso degollada, pero la hoguera era la ejecución reservada para las brujas. Era una lástima que ella

no lo fuera porque seguramente hubiera podido disolverse en el aire ante la mirada de todos, o algo igual de efectivo.

Valdis había tenido la esperanza, hasta el último momento, de que su miedo a una muerte tan espantosa quebraría su voluntad. Pero él no sabía cómo había sido casi toda su vida y que, además, no tenía gran cosa por qué luchar. Por eso, siguió dócilmente las instrucciones del guardia encargado de quemarla y levantó las muñecas, para que pudiera cortar la cuerda que las mantenía unidas. Entonces, el soldado la pegó al poste colocando sus brazos, de manera que lo rodearan por detrás, y atándole las muñecas de nuevo. Finalmente, sujetó con otra cuerda su cintura al madero, para evitar que se cayera desplomada sobre las llamas cuando se quedara inconsciente.

Cuando todo estuvo preparado, cogió la antorcha que tenía preparada, y miró hacia el estrado, esperando la orden de Valdis, pero, en ese momento, sonaron los cuernos de los guardias de las almenas. Y se escucharon los gritos de aviso procedentes de todos los vigías a la vez:

—¡Nos atacan, nos atacan! ¡Todos a la muralla para ayudar en la defensa!

El guardia, inseguro, la miró y luego miró la antorcha, entonces se escuchó la voz de Valdis, clara y precisa:

—¡Vuelve a bajarla a su celda! —y el jarl salió corriendo hacia la almena más cercana para ver lo que estaba ocurriendo.

Sigrid se mordió el labio hasta hacerse sangre pensando que iban a encerrarla otra vez. Por eso suplicó al hombre que la quemara, prefería morir a seguir más tiempo en aquel agujero. Estaba harta de vivir encerrada como un animal.

El guardia cortó las cuerdas que la ataban al poste y la agarró por un brazo arrastrándola hacia la celda, a pesar de sus súplicas.

—¡Por favor, te lo ruego! ¡Mátame! Puedes decir que me he enfrentado a ti con una daga y que no sabes de donde la había sacado ¡Te lo suplico!

Siguió intentando apelar a sus sentimientos, pero él actuó como si no la escuchara y la encerró con llave en su celda, luego, dio media vuelta y se

marchó. Cuando se quedó sola en la oscuridad, se dejó caer de rodillas y lloró desconsoladamente, deseando que la hubieran quemado en la hoguera.

DOS

Al día siguiente, después de asistir a la charla que Ragnar dio a los soldados en la que consiguió levantarles el ánimo, Haakon de Noruega se marchó convencido de que aquella fortaleza estaría en sus manos en pocos días. Y tenía razón, porque desde la llegada de Ragnar, solo resistió ocho días. Y, al noveno, cayó. Pero al berserker aún le quedaba mucho trabajo, ya tenía que asegurar la zona para cuando llegara el nuevo jarl que nombraría el rey.

Desde que había tomado posesión del castillo, Ragnar se sentía extrañamente nervioso. La primera noche que durmió en las habitaciones del jarl en la torre del homenaje, no pudo pegar ojo y a altas horas de la madrugada se levantó para sentarse junto a la ventana mirando el exterior, mientras bebía una copa de hidromiel. Su inquietud procedía del berserker, eso lo sabía, pero no era como otras veces en las que el espíritu quería tomar el control de su mente y luchaban los dos para ver quién triunfaba; en esta ocasión, notaba al espíritu extraordinariamente preocupado y abatido, aunque no sabía por qué.

La mañana siguiente a su llegada al castillo estaba en su habitación estudiando el mapa que mostraba los terrenos vinculados al castillo, que eran lo que tenía que controlar, cuando se presentó ante él, el mayordomo. Hasta entonces, nunca había conocido a ningún mayordomo, pero sí sabía, porque se lo dijo su olfato nada más verlo, que el hombre que tenía delante fuera cual fuera su profesión, no era de fiar.

—¿Qué quieres? —su voz fue tajante porque no podía perder el tiempo.

El mayordomo se llamaba Uru y era un hombretón tan grande como él, pero con apariencia despiadada. Se había acostumbrado con Valdis, el antiguo jarl, a hacer lo que quería en la fortaleza y, hasta ahora se había resistido a aceptar la autoridad de Ragnar, aunque todavía no había chocado con él porque había intentado evitarlo. Pero no era tonto y al escuchar el tono de su contestación, se detuvo a un par de pasos de distancia de la mesa donde él estaba sentado e, inclinándose, le hizo una servil reverencia intentando aparentar respeto.

—Mi señor, hay una mujer de la que debo hablaros —Ragnar le hizo un gesto con la mano volviendo su mirada al mapa.

Estaba calculando mentalmente cuantos días y hombres harían falta para limpiar los caminos de desertores del ejército perdedor.

—Para los asuntos de la casa habla con Egil, yo no tengo tiempo para esas cosas.

—Perdone, señor, pero él ha salido a revisar el bosque del este y como me habéis dicho que ibais a bajar a ver las mazmorras y el almacén, debo avisaros sobre algo, antes de que lo hagáis.

Ragnar levantó la mirada, atónito por la insistencia de aquel incompetente, pero era cierto que le había dado orden a Egil para que empezara con ese bosque.

—Habla.

—Gracias, mi señor —comenzó a retorcerse las manos y Ragnar sintió que el vello de la nuca se le erizaba, intuyendo que le iba a decir algo importante. Lo miró con atención y esperó —veréis, el jarl Valdis mandó encerrar a una mujer hace unas semanas en las mazmorras y todavía está ahí. Aunque no sé si sigue viva.

Ragnar lo miró furibundo porque cuando le había preguntado acerca de los prisioneros de las mazmorras, Uru le había contestado que estaban vacías.

—¿Con qué cargos la mantenía Valdis encerrada? —él se puso colorado y Ragnar supo que la contestación no le iba a gustar —¡habla, hombre, que no te voy a comer! —al menos hasta que hables, pensó, con una mueca.

—La acusación oficial era de brujería.

—¿Pero?

—¿Qué queréis decir? —si ese cobarde sudaba más, acabarían nadando.

—Que has dicho “la acusación oficial”, eso quiere decir que ese no era el

motivo real de su detención.

—Bueno —se encogió de hombros, aunque siguió sudando. Estaba muy asustado porque Ragnar tenía fama de ser implacable —el jarl Valdis utilizaba acusaciones falsas a veces para convencer a algunos presos...reticentes a hacer lo que él deseaba.

—Una táctica despreciable —le dijo —y ¿qué quería tu amo de ella?

—Que fuera su amante, pero ella se negaba. En una ocasión escuché como lo amenazaba diciéndole que, si la tocaba, le lanzaría un hechizo que haría que —se mordió los labios —que... se le pudrieran las partes pudendas. El jarl tenía miedo de que aquello pudiera ocurrir de verdad, por eso no la torturó, como había hecho con otras antes.

Ragnar tiró el mapa que estaba estudiando sobre la mesa, asqueado, y se levantó mirando al mayordomo de una manera, que el otro deseó estar en cualquier otro lugar.

—Me dijiste que no había nadie en las mazmorras, que no era costumbre de tu antiguo amo tener presos —por lo que sabía, a los que le molestaban, solía cortarles el cuello o ahorcarlos.

—Lo había olvidado —al verlo tragar saliva, supo que mentía —ya os he dicho que esta chica era un caso especial.

—Ya veo —el berserker lo alentaba para que corriera a las mazmorras, con tal urgencia, que se sintió desorientado durante un momento. Mientras, el mayordomo seguía intentando justificarse.

—Tened en cuenta, mi señor, que con todo lo que ha ocurrido, es normal que no la recordara. Pero, hace días que nadie baja a verla y me temo... —Ragnar se acercó a él rápido como un relámpago, cortando su frase, que no le importaba nada.

—¡Guíame hasta ella! ¡Ahora! —Como seguía inmóvil, soltó un gruñido que hizo que Uru diera un salto muy nervioso.

Había oído los rumores que aseguraban que era un berserker y salió corriendo, seguido por un rudo y musculoso vikingo de dos metros que se intentaba controlar para no darle un buen golpe. Lo llevó hasta una puerta que abrió con una de las llaves que colgaban de su cinturón y cogió una antorcha que había en la entrada y que estaba sujeta por una argolla a la pared, luego, bajaron corriendo por unas escaleras escurridizas que terminaban en un lóbrego cuchitril, de donde partía un húmedo y oscuro pasillo que conducía a las celdas. Siguieron andando y cuando Uru llegó a la última de ellas, se apartó para que Ragnar mirara dentro.

Había una mujer tumbada bocarriba con los ojos cerrados en un camastro infecto, murmurando algo entre dientes. Estaba temblando, lo que a Ragnar no le extrañó, por el frío que hacía allí y porque su cuerpo estaba cubierto solo por unos harapos. Desde donde estaba, no podía ver bien su cara y tenía el pelo cubierto por un paño oscuro, pero le pareció que era joven. La luz de la antorcha jugaba sobre su pálida piel mientras que él la observaba absorto y, aunque tenía la cara vuelta hacia la pared, la mejilla que veía era tersa, no había rastro en ella de enfermedad ni del paso del tiempo.

Aun sin poder verla bien, su presencia provocó que el corazón le comenzara a latir como si estuviera corriendo y que la bestia que había dentro de él gritara de agonía, exigiendo su liberación.

—Abre la puerta —ordenó, con la voz más grave que nunca y el mayordomo lo miró como si estuviera loco —¿no me has oído?

—Sí, señor, pero no puedo hacerlo ¡Es una bruja! —retrocedió un paso, asustado.

—¡Te he dicho que abras la puerta! —al ver que no reaccionaba, le pidió la llave con la palma hacia arriba y el hombre, temblando, se la dio y Ragnar abrió la puerta y entró. Entonces, pudo verla.

Su rostro podía ser el de una criatura procedente de un bosque encantado, un hada o una ninfa. Tenía los pómulos altos y pronunciados y los labios muy carnosos. Era bellísima, aunque estaba muy pálida y demasiado delgada. Seguramente llevaría varios días sin comer.

Sintió la necesidad de llevársela de allí y de procurarle comodidad y atenciones. Quería que comiera y que se bañara, que pudiera dormir tranquila y que se recuperara lo antes posible mientras que él vigilaba que nadie la molestara. Era un impulso extraño que no había sentido nunca, pero que no le resultaba desagradable. Al contrario. Estaba deseando cuidar de ella.

Se acercó al camastro y se arrodilló para poder verla de cerca. La tomó suavemente por la barbilla y volvió su rostro hacia él, maldiciendo a Valdis, cuando vio lo joven y bella que era. Repentinamente, sus largas pestañas temblaron levantándose con dificultad y lo miró, y Ragnar sintió como si un rayo acabase de traspasarlo.

Sus ojos eran de un color verde indescriptible y en ellos pudo ver reflejado el miedo y al ver cómo abría la boca para gritar, intentó tranquilizarla:

—No grites, no voy a hacerte daño.

Ella, aterrada, forcejeó para levantarse, pero no tenía fuerzas suficientes para hacerlo y él la sostuvo con firmeza, intentando no dañarla mientras paseaba impaciente la mirada por su rostro, buscando la razón por la que su corazón se había sincronizado con el de la muchacha. Era algo que nunca, hasta ahora, había sentido como tampoco había sentido antes el sabor que había aparecido repentinamente en su boca. Era algo fuerte y dulce a la vez, diferente a todo y que procedía de sí mismo.

La proximidad de la mujer había hecho que los asuntos del castillo, y el resto del trabajo del que tendría que estar ocupándose, dejasen de tener ninguna importancia. Otro gemido de ella lleno de terror hizo que volviera a la realidad y que la mirara a los ojos. Eran hipnotizadores, aunque lo miraban temerosos y suplicantes a la vez, algo que él odiaba y que le hacía desear tener delante a Valdis, para obligarle a pagar por todo lo que le había hecho.

-Quietamurmuró, mirándoladecerca, permitiéndosedisfrutarde

lasensación de su cuerpo junto al suyo y sintiendo que la bestia que era parte de él estaba extrañamente tranquila en su presencia —ya te he dicho que no voy a hacerte daño.

Ella debió de creerle, ya que dejó de forcejear o puede que lo hiciera porque estaba agotada.

—¿Cómo te llamas? —se pasó la lengua por los labios agrietados y resecos antes de contestar.

—Sigrid, señor.

—Yo soy Ragnar. Ahora voy a sacarte de aquí —le tendió la mano para ayudarla a levantarse —no te preocupes, Valdis ha huido y ya no tendrás que verlo nunca más, de eso ya me encargaré yo —la última frase fue solo un susurro.

—No me toque, por favor, señor —suplicó.

—Te repito que no voy a hacerte daño.

—Señor —se quedó asombrado por las lágrimas que había en sus ojos —por favor.

—Te juro por mi honor que solo pretendo ayudarte. Mírame —ella miró en la profundidad de sus ojos y se estremeció por lo que vio, y asintió lentamente, aceptando su ayuda.

—¿Ahora me crees? —la muchacha gimió y volvió a cerrar los ojos. Ragnar, al ver su debilidad, decidió llevarla en brazos.

—No temas, muchacha, voy a cuidar de ti. No sabía que estabas aquí, sino, hubiera venido antes. Ahora, agárrate a mi cuello, si puedes —ella intentó obedecer, pero no pudo y sus brazos cayeron sin fuerzas a los lados.

—¡Mayordomo! ¡Uru! —lo buscó con la mirada al salir de la celda para pedirle que lo ayudara abriendo las puertas, pero el muy cobarde había huido. Al ver que ella cómo lo miraba, intentó tranquilizarla distrayéndola:

—¿Cuánto tiempo hace que no comes?

—No lo sé —su gesto de dolor lo golpeó y el berserker aulló en su interior, exigiendo que la socorriera y subió los escalones de dos en dos, concentrado

solamente en ella. Por el camino encontró a Uru hablando con una de las esclavas y lo llamó:

—¡Tú, sígueme! —el mayordomo se acercó corriendo, temeroso de que lo castigara. La esclava con la que estaba hablando, al ver a Sigrid y, ante la mirada atónita de Ragnar, salió corriendo y él preguntó —¿qué le pasa a esa?

El mayordomo se quedó a una distancia de tres pasos de ellos y no parecía capaz de acercarse más.

—Es por la bruja, señor —señaló con la barbilla a la muchacha que Ragnar llevaba en brazos y el vikingo lo miró con desprecio.

—¿Ibas a dejar que se muriera de hambre allí abajo? —el hombre volvió a retorcerse las manos, sin saber cuál era la mejor manera de contestar, pero Ragnar había perdido la poca paciencia que tenía —lleva ahora mismo una bandeja con comida, agua y vino a mi habitación y también la bañera llena con agua caliente y todo lo necesario para darse un buen baño —al ver que seguía parado, gritó —¡Hazlo, si no quieres que me cobre en tus carnes todas las fechorías que cometió tu antiguo amo! —soltó un gruñido final, que fue más efectivo que nada de lo que había dicho y que provocó que Sigrid abriera los ojos de nuevo.

Con el ceño fruncido, lo miró, y preguntó:

—¿Quién eres?

—Ragnar —ella sonrió débilmente.

—Gracias por sacarme de la celda —luego, se desmayó.

Cuando entró en su dormitorio, Ragnar, escuchó una voz dentro de él:

“Esta mujer es tu andsfrende, pero, como está demasiado herida para completar la unión, tus deseos se verán templados hasta que se recupere”

Se quedó asombrado al escuchar esas palabras, a pesar de que su amigo Aren, que había encontrado a su andsfrende hacía unos meses, le había avisado de que el berserker se podía comunicar con él en circunstancias especiales.

Mientras los sirvientes traían lo que había pedido, esperó sentado con ella en el regazo casi contando sus respiraciones y observando su belleza. Con curiosidad, alargó la mano para quitarle el paño que llevaba en la cabeza, deseando saber qué escondía debajo. Y cuando deshizo el nudo que lo sujetaba, una larga cabellera rojiza cayó sobre ellos, cubriendo el brazo de Ragnar y el pecho de la muchacha, y el vikingo cogió un mechón y lo acarició suavemente entre los dedos.

TRES

Cuando los sirvientes llevaron todo lo que había ordenado, la despertó e intentó ofrecerle lo que se imaginaba que más desearía:

—¿Agua? —Sigrid emitió un gemido asintiendo. Él ya había notado que le costaba mucho hablar, seguramente porque tenía la boca reseca.

Le acercó la copa con agua a la boca y sostuvo su espalda para que pudiera beber, porque aún estaba sobre su regazo y, cuando terminó, dejó la copa vacía sobre la mesa. Ella parecía aturdida mirando a su alrededor, ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que estaba sentada encima de él.

—¿Dónde estoy?

—En mi habitación —al ver su expresión, intentó explicarse —no sabía que estabas encerrada en las mazmorras. Hace días que ocupamos el castillo, pero nadie me había hablado sobre ti. Solo te he traído aquí para que te recuperes —en parte era mentira, pero quería que estuviera tranquila. Por eso le molestó notar que empezaba a temblar.

—Te lo agradezco, señor —lo miró un momento, pero, enseguida apartó la vista, nerviosa.

Era evidente que seguía temiendo lo que le pudiera hacer, pero él estaba seguro de que se ganaría su confianza con el tiempo.

—Han traído una bandeja con comida. No es que lo que cocinan aquí esté muy bueno, pero —se encogió de hombros —llena el estómago —además, también te puedes bañar cuando acabes de comer —eso último la reanimó más que todo lo demás que le había dicho.

—¿De verdad puedo bañarme? ¡Hace semanas que no lo hago! —él dudó, porque parecía necesitar más la comida que el baño.

—La verdad es que creo que sería mejor... —ella agarró su brazo con

suavidad, sin darse cuenta.

—Por favor...

Él se miró en sus ojos y asintió.

—Le diré a una de las mujeres que te ayude. Estás demasiado débil como para bañarte tú sola —pero ella se negó.

—No es necesario —se levantó e intentó andar hasta la bañera sujetándose a la mesa, pero las piernas se le doblaban. Un sollozo que salió de su boca hizo que Ragnar se dirigiera a la puerta, decidido.

—¡Me da igual lo que digas, voy a llamar a alguien para que te ayude!

—¡No lo hagas, por favor! —se volvió con una mirada angustiada —¡te lo suplico! —su boca temblaba, pero hizo un esfuerzo para no llorar —hace unos días, no sé cuántos, iban a quemarme en una hoguera que habían preparado en el patio y todas ellas estaban allí insultándome. Ninguna de querrá venir y, si las obligas, me harán daño y ahora mismo no me encuentro en condiciones de defenderme.

Él se quedó un momento mirando la puerta, asimilando lo que le acababa de contar, que hasta la última de las esclavas la despreciaba y la temía, y se volvió hacia ella a la vez que se remangaba la camisa.

—Está bien, lo haré yo. Vamos —no podía ser tan difícil. Volvió a cogerla en brazos para acercarla a la bañera rebosante de agua, pero ella parecía reticente.

—No, ¿qué haces? ¡no puedes verme desnuda!

—No te preocupes, eso no tiene importancia para mí —mintió.

Estaba tan distraída por la discusión y se encontraba tan débil que, cuando se quiso dar cuenta, ya le había quitado los harapos que la cubrían. Y Sigrid pensó que parecía tener mucha experiencia desvistiendo mujeres.

—¿Puedes sentarte? —lo hizo lo más rápidamente que pudo intentando que no

siguiera viendo su cuerpo y Ragnar le acercó el jabón. Ella lo frotó con placer entre las manos haciendo espuma y comenzó a lavarse. Él se alejó un poco, intentando darle espacio, hasta la puerta y allí se apoyó con los brazos cruzados, observándola. Había creído que se volvería loco al verla desnuda, pero al parecer la voz tenía razón y el hecho de que ella estuviera tan débil, refrenaba su deseo.

Cuando se enjabonó la cabeza, se acercó y cogió la jarra de agua limpia que habían traído, para aclarársela.

—Echa la cabeza hacia atrás —jamás había hecho algo parecido con nadie y le sorprendió que le gustara servirla de esa manera.

Después, abrió la toalla que habían traído y la ayudó a salir de la bañera. La secó despacio, inhalando profundamente su olor. Afortunadamente el mayordomo había utilizado la cabeza por una vez y también habían traído un camisón, que le metió por la cabeza como si fuera una niña y dejó que cayera por su cuerpo. Cuando terminó, la llevó de nuevo junto a la mesa e hizo que se sentara en la silla y le acercó la bandeja. Ella probó la comida y, al ver su cara, Ragnar se echó a reír.

—Ya te he dicho que no cocinan muy bien, pero tendrás que comértelo, en tu caso no creo que tengas otra opción. Ese estúpido mayordomo dice no recordar cuando fue la última vez que alguien te bajó algo de comer.

—Tenía pan y agua y lo he racionado —a pesar de que lo que había en el plato estaba insípido, siguió comiendo despacio sabiendo que era lo que debía hacer para recuperarse.

Él se puso furioso al pensar en ella comiendo un mordisco de pan y un trago de agua, un día tras otro.

—Eso no es suficiente para vivir —ella lo contradijo, segura de lo que hablaba.

—Se puede aguantar bastantes días así, te lo aseguro.

Ragnar quiso que le contara por qué lo sabía, pero intuía que no era el

momento, antes tenía que confiar en él. Se fijó en que sus modales no eran los propios de una sirvienta o de una esclava, al contrario, parecía una muchacha instruida como algunas de las que había conocido en la corte del rey, aunque no entendía cómo tal cosa era posible.

Cuando terminó, la llevó a la cama y la arropó, sentándose a su lado, en una silla.

—Ahora, mientras te duermes —ordenó —cuéntame cosas sobre ti —en sus ojos apareció de nuevo el miedo, y él decidió bromear —¿es cierto que eres una bruja?

Él no creía en la magia ni había creído nunca, al contrario de la mayor parte de la gente que conocía, que solía ser muy crédula y supersticiosa. Ragnar pensaba que todos los que se las daban de brujas o hechiceros, eran unos charlatanes que engañaban a la gente para sacarles el dinero. Por eso le llamó la atención la seriedad con la que respondió, como si quisiera convencerlo de que no tenía poderes, al contrario del resto de hechiceros estafadores que había conocido.

—No soy una bruja, señor, solo... solo hay una cosa que puedo hacer. Es verdad que de pequeña aprendí bastante sobre conjuros y pócimas, pero solamente he usado esos conocimientos para ayudar a la gente a sanar —Ragnar pudo oler en ella que le ocultaba información y no le gustó, pero era demasiado pronto como para que confiara en él.

Sigrid intentó que en su tono no se notara el miedo que sentía. Todavía no estaba segura de que no la quemarían por bruja y, seguramente, si el gigante que le había salvado la vida supiera lo que en realidad podía hacer, ordenaría que lo hicieran sin dudarle un momento. Por eso había decidido ocultar la verdad.

—En mi casa necesito una sanadora, la que tenía me la robó un amigo para casarse con ella —bromeó, aunque era cierto —podrías ocuparte tú de ese trabajo, pero ya lo decidiremos más adelante... ¿sabes hacer algo más?

Ella lo negó porque realmente no recordaba nada más que se le diera bien, hasta que se acordó de algo que les podía venir bien a todos.

—Bueno..., si sirve de algo, sé cocinar —ella vio cómo se inclinaba había delante en el asiento, prestándole toda su atención.

—¿Seguro?

—Sí, eso creo —señaló la bandeja con los restos de su cena que estaba encima de la mesa —al menos estoy segura de que puedo hacer algo mejor que eso.

Él se quedó pensativo.

—Lo hablaremos más adelante. Ahora, dime, ¿cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Gracias, señor —sus párpados se cerraban poco a poco, aunque ella se resistía, intentando mantenerse despierta.

—Duérmete.

—¿Me voy a quedar aquí? —estaba extrañada de dormir en semejante cama.

La habitación, que era la del antiguo jarl, era la mejor del castillo.

—Yo diría que es bastante mejor que la celda en la que estabas —ironizó.

—Sí, pero estoy acostumbrada a estar presa —sus ojos se cerraron y por eso no le pidió que le explicara esa afirmación tan curiosa.

Se quedó dormida y Ragnar aprovechó para coger su mano y mantenerla entre las suyas, contento de poder tocarla sin que se asustara. Pero lo sorprendió abriendo los ojos y volviendo a preguntar:

—¿Quién eres en realidad? —él sonrió con burla.

—Solo un soldado más.

—No es verdad, se nota que tienes autoridad sobre Uru. Además, si solo fueras un soldado, no habrías podido sacarme de la celda tú solo ¿Dónde está el jarl?

—¿Valdis? —ella asintió sin saber que él también era un jarl, aunque sus tierras estaban en el sur —escapó con su familia, poco antes de que entráramos en el castillo.

—Entonces, ¿tú eres el nuevo jarl?

—No, estoy aquí por poco tiempo.

Después, agotada, se durmió. Ragnar se dio cuenta entonces, de que se había tranquilizado al confirmar que Valdis ya no estaba.

Ragnar seguía contemplándola, absorto en su belleza, cuando llamaron a la puerta. Era el mayordomo y se acercó para hablar con él en el umbral, porque no quería que estuviera cerca de Sigrid.

—Mi señor, vengo para ver si necesitáis algo —seguramente lo había hecho porque se imaginaba lo que le iba a ocurrir en cuanto Ragnar tuviera cinco minutos libres para dedicarle. Y decidió aprovechar ese momento, así que cerró la puerta para no molestar a Sigrid y se inclinó, con actitud amenazante, hacia el miserable cobarde que tenía delante.

—¿Qué le hicisteis a esa muchacha para que esté tan atemorizada?

—Nada, señor, yo... solo cumplía con mi trabajo acompañando al jarl. Es verdad que estaba delante cuando él... le decía ciertas cosas y cuando la condenó, primero encerrándola a pan y agua, y luego a la hoguera.

—¿Y cuánto tiempo llevaba sin comer por tu culpa? —el hombre retrocedió un par de pasos, pálido —¡Contesta!

—No lo sé, señor, puede que tres o cuatro días. Pero la vez anterior le había llevado bastante pan.

—Solo me has dicho que ella estaba abajo cuando te has dado cuenta de que lo iba a descubrir, al pedirte las llaves del sótano para verlo. Hasta ese momento, me habías asegurado que las celdas estaban vacías —al notar que había levantado la voz y que no iba a poder seguir controlándose, se volvió diciéndole con desprecio:

—Vete, ya pensaré qué castigo te corresponde por ser tan miserable. Y no vuelvas a presentarte ante mí hasta que yo te llame.

Volvió a entrar y a sentarse a su lado mirándola fijamente. Le parecía que estaba más pálida que antes, rozó su mejilla con un dedo y retiró de su rostro un sedoso mechón rojizo y, aunque no se despertó, estaba inquieta y comenzó a murmurar en sueños:

—Mátame ya, por favor, no me tengas más tiempo encerrada a oscuras. No puedo resistirlo —se tocaba insistentemente la muñeca derecha como si le doliera, lo que hizo que él frunciera el ceño y subiera la manga del camión para poder ver lo que había debajo, y se quedó pálido al descubrirlo. Conocía ese tipo de marcas, eran las cicatrices que dejaba el llevar durante años un grillete de hierro. Era extraño que siendo tan joven tuviera esa señal, porque solía encadenarse de esa manera tan cruel solo a los presos o a los esclavos muy rebeldes.

La carne de la muñeca estaba hundida y pegada al hueso, como si no hubiera tenido espacio para crecer. Levantó la manga del otro brazo para compararlos, pero la muñeca de ese brazo era normal, lo que quería decir que había estado encadenada con un grillete en la muñeca derecha durante años. Teniendo en cuenta su edad, debieron de ponerle el grillete siendo una niña. Por eso se había vuelto medio loca cuando había estado en la celda y se impresionó porque, a pesar de lo que había sufrido de niña, no hubiera cedido a las intenciones de Valdis. Aunque no entendía cómo había podido resistirlo.

Sigrid pasó dos días enteros en la habitación de Ragnar durmiendo y comiendo y, en la madrugada del tercero, se despertó sintiendo calor en la espalda y cuando volvió la cabeza vio a Ragnar que estaba debajo de las mantas, pegado a ella y abrazándola por la cintura, completamente dormido. Intentó apartarse un poco de él, pero era imposible hacerlo sin despertarlo así que, con un suspiro, volvió a dormirse.

A la mañana siguiente encontró en la silla que había junto a la cama un vestido muy sencillo, pero limpio, que se puso y después, andando despacio porque se sentía todavía muy débil, salió en su busca.

Estaba practicando con la espada y con sus soldados en el patio de armas,

pero al verla, dejó a Egil a cargo de la instrucción y se acercó a ella mientras se limpiaba el sudor. Lo había sorprendido verla fuera de la habitación y no le gustaba porque todavía estaba muy débil. No había nada más que ver cuánto le costaba andar.

—Dijiste que necesitabas una cocinera, ¿puedo cocinar para ti hoy, y, si te gusta cómo lo hago, me darás el trabajo? —no quería que hiciera nada todavía, pero, mientras siguiera estando tan frágil, tampoco quería discutir con ella.

—Me gustaría que descansaras un poco más.

—No puedo seguir encerrada en esa habitación, necesito hacer algo. Y me gusta cocinar.

Después de aceptar y de decirle que eligiera a una de las criadas para que le ayudara y que le avisara si tenía algún problema, salió a repasar las reparaciones que estaban haciendo sus soldados en las defensas del castillo que ellos mismos habían destrozado días antes. Allí lo encontró un hombre al que no conocía y que se acercó a él y a Egil, cuando estaban decidiendo qué trabajo era más urgente que empezaran ese día.

—Señor Ragnar, milord —se volvió, extrañado por el título con el que se había dirigido a él, ya que no solía utilizarse entre los vikingos y se encontró con un hombre joven, quizás de veinte años y de estatura normal. Era, además, delgado, moreno y de mirada inteligente.

—¿Quién eres? —el desconocido se inclinó profundamente ante él.

—Mijail, señor

—Nunca había oído ese nombre.

—Soy ruso, señor.

—De acuerdo Mijail y, ¿qué quieres?

—Milord, soy o, mejor dicho, era el aprendiz de Uru y quería preguntarle si desea que siga en el puesto o si prefiere que me vaya.

Ragnar, que se había enterado hacía unas horas de la desaparición del mayordomo, se acercó al joven con una mirada despiadada.

—¿Sabes por qué ha huido Uru? —el otro contestó con sinceridad.

—No señor.

—Porque temía mis represalias por su conducta por maltratar a una mujer, dime ¿sabes tú algo sobre eso?

—No, señor. No sé nada de ninguna mujer.

—¿No has oído hablar sobre Sigrid?

—¿La hechicera?

—Sí.

—Sí, señor. Aunque ni el jarl ni Uru lo sabían, los escuché un par de veces hablar sobre ella. El jarl parecía estar obsesionado por conseguirla, pero Uru me dijo que se había escapado del castillo.

—¿No bajabas nunca a las mazmorras?

—No, señor, solo Uru tenía llaves de la puerta del sótano.

—Ya, así nadie podía conocer los horrores que cometían allí —la cara de ignorancia del joven le movió a confesar lo ocurrido —esa muchacha ha estado encerrada ahí abajo durante semanas, porque no quería acceder a las pretensiones del cerdo de Valdis —la expresión de consternación del otro hombre, le dijo bastante.

—Está bien, de momento, realizarás las funciones de mayordomo, que, sinceramente no sé cuáles son, pero espero que la más importante sea hacernos la vida más fácil. Con eso me doy por satisfecho. Y cobrarás lo mismo que cobraba tu antecesor ¿Estás contento? —el otro sonrió, sin poder creerse su suerte —tu primera función será revisar cómo se está haciendo todo en el castillo y reorganizarlo para que funcione lo mejor posible, y otra cosa, quiero

que vayas a la cocina y te pongas a las órdenes de la nueva cocinera, Sigrid — sonrió al ver la sorpresa en sus ojos —y que le proporciones todo lo que pueda necesitar.

—Sí, señor —como se quedaba mirándolos le hizo un gesto con la mano para que espabilara.

—¡Venga, venga, márchate a cumplir con lo que te he ordenado!

—¡Sí, señor!

Él y Egil observaron cómo desaparecía por la puerta principal, antes de seguir planificando los trabajos de reparación de ese día.

CUATRO

Ragnar se dirigió a la cocina al terminar el entrenamiento de ese día, preocupado por cómo estaría Sigrid. La encontró construyendo lo que le parecía una curiosa montaña con harina, huevos y agua en una mesa mientras hablaba con una muchacha, casi una niña, que removía el contenido de una gran cacerola que colgaba sobre el fuego.

—Bera, tienes que moverlo despacio, de esa manera las patatas no se desharán y cogerán todo el sabor del caldo.

Sigrid lo había visto llegar de reajo, pero hizo como si no estuviera y comenzó a mezclar los ingredientes que había sobre la mesa. Pero él se acercó hasta estar a su lado.

—¿Qué haces? —lo miró de frente y él vio, divertido, que tenía la nariz manchada de harina y se la limpió con el índice. Sigrid sintió un escalofrío por lo que vio en sus ojos, sorprendiéndose por no sentir la repulsión que normalmente le producían el resto de los hombres cuando la tocaban.

—Preparando una tarta, señor.

—Llámame Ragnar, Sigrid —pidió —así que eso es lo que vamos a cenar... ¿tarta de qué?

—Bueno, primero, estamos preparando un guiso de patatas con liebre y la tarta de manzana será el postre. Espero que me salga bien porque no suelo hacerla —por el rabillo del ojo vio que Bera los miraba boquiabierto con la cuchara de madera en alto, goteando la salsa sobre el suelo, y se volvió hacia ella.

—Bera, no dejes de mover las patatas —la chiquilla asintió y siguió con lo suyo y Ragnar, entonces, se explicó:

—Venía a decirte que Uru ha huido. No volverá por aquí —ella palideció al escuchar el nombre del bárbaro mayordomo, pero no dijo nada —pensé que te tranquilizaría saberlo.

—Así es. Gracias, mi señor.

—Ragnar —recordó en voz baja, para que solo lo oyera ella y la muchacha se mordió el labio, indecisa, pero no dijo nada. Viendo que no iba a conseguir nada más de ella, de momento, decidió marcharse —me voy entonces. Pero esta noche, cenarás conmigo.

—Pero, mi señor... ¡Ragnar! —rectificó, muy nerviosa.

Cuando la miró con una ceja arqueada, ella cerró la boca sin atreverse a llevarle la contraria, y él se lo agradeció. Había conseguido, aunque no sabía cómo, la paciencia necesaria para esperar a que se recuperara antes de calmar su deseo, pero no pensaba dejar que nadie le arrebatara el placer de disfrutar de su compañía, ni siquiera ella.

—No es una petición. A menos que pase algo grave, a la hora de la cena, quiero que estés a mi lado. Así los dos podremos comprobar cómo te ha salido la comida.

Egil, su segundo, apareció corriendo y algo agitado, lo que no cuadraba con su carácter. Era un hombre muy tranquilo.

—¡El rey y la reina vienen de camino, los acompañan cuatro cortesanos y diez soldados! —respiró hondo intentando calmarse —acaba de llegar uno de sus guardias para avisarnos y que tengamos todo preparado.

—¿Qué dices? No estaba previsto que viniera tan pronto —Egil, boquiabierto, se había quedado mirando a Sigrid que estaba amasando la tarta. Esa mirada hizo que Ragnar se sintiera celoso —¡Egil!, acabo de preguntarte que cuándo llegará la comitiva.

—Esta noche, para la cena —con algo de guasa, Ragnar se dirigió a Sigrid:

—Creo que tendrás que echar más patatas a ese guiso.

La cara de susto de ella, lo hizo sonreír.

—Por cierto, olvidaba decirte que, como Uru se ha marchado, hay un nuevo

mayordomo en la casa. Se llama Mijail y vendrá a preguntarte qué necesitas. Me extraña que no esté ya por aquí.

El aludido eligió ese momento para aparecer.

—Milord, perdonad, pero he tenido algunos problemas con las criadas, pero ya están resueltos —el nuevo mayordomo se acercó hasta ellos y saludó a Sigrid con una inclinación de cabeza. Y, en cuanto Ragnar escuchó cómo se dirigía a Sigrid, se dio cuenta de que nombrarlo mayordomo había sido una buena decisión.

—Sigrid, ¿seríais tan amable de acompañarme a la despensa para que me digáis lo que necesitáis para la cena de esta noche? —ella sonrió al aceptar y, Ragnar se sintió patético al desear que esa sonrisa hubiera sido para él, porque todavía no le había sonreído. Sacudiendo la cabeza intentando concentrarse, se recordó que tenía que preparar la llegada del rey y se fue de la cocina sin decir nada más.

Ragnar observaba cómo dos de las esclavas preparaban la mesa donde cenarían todos esa noche. Cuando se acercó para contar los comensales, entrecerró los ojos y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mijail!

El joven ruso entró en el salón patinando e intentando mantener el equilibrio, lo que le indicó que había venido corriendo por el pasillo y que no había conseguido frenar a tiempo. La situación provocó una sonrisa en Ragnar que ocultó rápidamente, al ver que se presentaba ante él estirando la chaqueta en un intento por parecer más respetable.

—Milord —se inclinó como hacía siempre, a pesar de que ya le había repetido varias veces que no lo hiciera.

—Quiero que me digas por qué falta un plato —extrañado, el sirviente miró hacia la mesa y los contó.

—Perdonadme señor, pero Egil me ha dicho que los comensales en la mesa de honor son: el rey y la reina, cuatro invitados más, y vos, ¿no es así? —

mientras iba descartando personas, las iba contando con los dedos de las manos.

—No, falta Sigrid.

—¡Ah!, perdón señor, pero es que ella me ha dicho que iba a cenar con Bera, la nueva aprendiz, en la cocina.

—Ya, pues a mí me parece que no —al escuchar su tono de voz, el mayordomo había dado un respingo y Ragnar, aunque antes nunca le habría importado, intentó suavizar un poco su voz antes de decirle —sigue con tus cosas Mijail, estoy seguro de que tienes mucho que hacer.

En la cocina parecía haberse librado algún tipo de batalla culinaria. Sigrid y la muchacha que había elegido para que la ayudara, que era una chiquilla que, hasta ese momento, solo había trabajado en el campo, estaban trabajando sin parar rodeadas de bandejas llenas de carne asada, verduras, caldos y tartas recién hechas. Lo primero de lo que fue consciente Ragnar era de que Sigrid estaba muy cansada, lo demostraba el hecho de que estaba cocinando sentada.

No había nada más en ninguna de las dos enormes mesas que había en la gran cocina, y en la nariz de Ragnar se mezclaron los maravillosos olores que desprendían las viandas, provocando que deseara probar todo lo que Sigrid había cocinado con tanto esfuerzo. Se fijó en el cuidado con el que explicaba a la chiquilla que la ayudaba lo que tenía que hacer, sonriendo para intentar animarla.

—Sigrid —al verlo, su sonrisa desapareció y eso lo molestó —dice Mijail que no vas a cenar en el salón.

—Señor, por favor —su expresión era de angustia.

—Dime por qué no quieres comer con nosotros —ella contestó con un susurro.

—No estoy acostumbrada a estar con tanta gente, por mi pasado... —se detuvo a tiempo, pero él siguió esperando en silencio —el caso es que no estoy a gusto con mucha gente a la vez —su gesto fue suficiente para que no insistiera.

—Está bien, entonces esperaré a cenar contigo cuando se vayan, siempre y cuando dejes de llamarme señor.

—Te lo agradezco, Ragnar —su sonrisa tímida fue suficiente recompensa para él. Entonces se fijó en que Sigrid estaba sudando y que se abanicaba con un paño de cocina. La verdad era que en esa habitación hacía un calor infernal.

—¿Te gustaría darte un baño en el río? Me dijiste que solías hacerlo cuando podías.

—Sí, pero ahora no me atrevo. Me han dicho que solo se puede salir de la empalizada con una escolta. Por los desertores.

—Yo iba a hacerlo ahora, si quieres acompañarme... —al ver su mirada asustada, le recordó —ya te he bañado una vez, por si lo has olvidado —y no se lo iba a decir, pero, además, llevaba dos noches durmiendo con ella en la misma cama sin molestarla, conformándose con protegerla.

Bera los miraba con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Sigrid lo observó, intentando analizar sus intenciones, pero él tenía razón. Hasta ahora, había sido la persona que mejor se había portado con ella, hombre o mujer, en toda su vida. Así que decidió aceptar.

—Está bien.

Lo cierto era que le encantaría volver a bañarse. A pesar de haber estado tantos días en la celda, había intentado mantenerse todo lo limpia que había podido con el cubo de agua que le llevaban diariamente. Pero no había sido suficiente y ahora mismo, aunque había utilizado la jofaina para lavarse antes de salir de la habitación, estaría encantada de bañarse en el río y lavarse el pelo.

—Vamos a pedirle a Mijail que nos consiga lo necesario.

En pocos minutos, el mayordomo esperaba en la entrada con todo lo que necesitarían para darse un baño, incluyendo ropas limpias para los dos, metido en una bolsa. Ragnar estaba empezando a darse cuenta de lo útil que

era, en un lugar tan grande, tener un mayordomo.

Cogió la bolsa de manos de Mijail y comenzaron a andar por el camino del río y, a pesar de que ella intentó que no notara lo cansada que estaba, él se dio cuenta y la cogió en brazos para llevarla así el resto del camino.

El impulso que le llevaba a cuidar de ella crecía a cada momento que pasaba y, ahora, mientras pisaba con amplias zancadas las hojas caídas de los árboles, tuvo que controlarse para no besarla allí mismo, delante de los guardias que los seguían. Y el sentir ese deseo le hizo pensar que se estaba recuperando.

Ordenó a los dos soldados que se quedaran allí, a pocos metros de ellos, detrás de unos espesos arbustos que les darían algo de intimidad. No tenía pensado que ocurriera nada entre ellos, pero no quería que nadie la viera bañarse.

—Este es un buen sitio —para llegar a la orilla había que bajar un pequeño desnivel del terreno y cuando lo hizo, la bajó con cuidado al suelo.

Ella lo miraba avergonzada y no se decidía a desnudarse, por eso se acercó y comenzó a desatarle el cordón de la blusa. Sigrid parecía no decidirse entre confiar en él o no.

—Tranquila —entonces lo sorprendió con una sonrisa inocente, como la de una niña y él se enterneció, agradeciendo su confianza.

Verla desnuda de nuevo provocó que se le secase la boca. Sigrid era una preciosidad de piernas largas y cintura estrecha, y su cuerpo estaba parcialmente oculto por una nube de cabello que le llegaba por las caderas y que, con el sol que se colaba entre los árboles que flanqueaban el río, Ragnar pudo ver que no era rojo realmente, sino una mezcla de varios colores: cobre, avellana y dorado. Una combinación que no había visto jamás y que lo dejó impresionado.

Ella cogió el jabón y se metió hasta lo más hondo del río, donde se sumergió para mojar el pelo y comenzar a lavárselo, y él empezó a desnudarse para reunirse con ella, sin dejar de mirarla.

—¿Quieres el jabón? —le preguntó y realmente no parecía darse cuenta del efecto que tenía sobre él con pelo mojado echado hacia atrás, resaltando sus altos pómulos y sus enormes ojos verdes. Lo miraba con una sonrisa, agradeciéndole sin palabras el baño, a la vez que mantenía el brazo alargado ofreciéndole el jabón.

—Sí, dámelo —mientras Ragnar se enjabonaba, ella decidió nadar despacio bordeando la poza en la que estaban, observando, soñadora, los árboles llorones que enlazaban sus ramas con el agua del río.

—Esto es precioso —susurró.

Él miró a su alrededor y se dio cuenta de que tenía razón. Se había bañado varias veces en aquel lugar del río, pero hasta ahora no había sido capaz de ver la belleza que encerraba ese lugar. Se imaginó que había estado en muchos sitios como ese antes y que no los había sabido apreciar.

—Sí, lo es.

Terminó de lavarse y se acercó a ella con brazadas precisas y Sigrid permaneció quieta, observándolo. Hacía pie, pero el agua cubría su cuerpo hasta el cuello. A Ragnar, sin embargo, el agua le llegaba por la cintura.

—Muchacha —lo miraba con la cara ladeada —¿tienes miedo de mí?

—No.

—Bien —se acercó más, hasta que sus cuerpos se tocaron —eso está bien.

Enmarcó su cara con las manos y, antes de que pudiera reaccionar, la besó. Ella abrió la boca como si fuera a gritar, pero él se bebió su grito y mordisqueó sus labios tirando de ellos suavemente. Al menos, necesitaba esto de ella. Sigrid puso las manos como garras y se las clavó en los hombros y él, sin interrumpir el beso, la sujetó por las muñecas, intentando que no lo dañara demasiado, aunque permitió que sus uñas lo arañaran, porque le parecía un precio justo a cambio del placer de besarla.

Al separarse, siguió manteniéndola sujeta por las muñecas y se miró en sus

ojos. Luego, volvió a lamer sus labios, sintiendo que el hambre por ella aumentaba en su interior.

Sigrid parecía aturdida, pero al menos no lo miraba aterrorizada y el verde de sus ojos se había oscurecido. Él había soltado sus manos y ahora acunaba su cabeza para que no se moviera, y así poder profundizar en otro beso. El primer gemido de placer que salió de la boca de ella consiguió que Ragnar se estremeciera y que levantara la cabeza para mirarla. Sonrió al notar su turbación y volvió a besarla una tercera vez, pero ahora, empujó la lengua en su boca. Estaba tan excitado que le dolía todo el cuerpo y su lengua palpitaba con el sabor de su mujer. Sabía a miel, a verano y a inocencia.

Entonces, sintió la tensión en el cuerpo de ella y supo que no aguantaría mucho más ese día y, por primera vez en su vida, puso los deseos de alguien por delante de los suyos.

—Vamos —la cogió de la mano y salieron del agua.

Se vistieron y volvieron en silencio. Él la miraba de vez en cuando esperando que dijera algo, pero parecía demasiado sorprendida como para hacerlo.

—No te preocupes, ya hablaremos sobre esto —acarició su brazo cuando traspasaron el portón y los guardias los dejaron solos —te dejo para que trabajes —antes de que se separaran, había algo que quería decirle y la sostuvo por el brazo para llevarla hacia un pasillo que estaba desierto, alejándola de los soldados que había en el patio de armas. Una vez allí, cogió sus manos con las suyas y esperó a que lo mirara a los ojos —quiero que sepas que ya no estarás sola nunca más. Ahora me perteneces y yo cuido de lo que es mío.

Su expresión era muy seria. Sigrid lo miró fijamente durante unos instantes, percibiendo el poder que emanaba de él incluso con ropas sencillas como las que llevaba, estando mojado y sin armas. No dudaba que era sincero. Sin embargo, aunque confiaba en él, no quería pertenecer a nadie. Nunca más.

—No soy de nadie, Ragnar.

—Te equivocas —la miró durante un momento, que a ella se le hizo muy largo,

pensativamente, como si pudiera ver lo que escondía en su interior y se removi6 inc6moda bajo su examen —pero no es el momento de hablar sobre esto. Vete, ya lo solucionaremos.

CINCO

Todos los platos estaban siendo tan sabrosos que los invitados, aunque estaban acostumbrados a las comidas de palacio, no dejaban de alabar las virtudes de la cocinera.

—Ragnar, no sabía que hubiera una cocinera tan buena en el castillo, si no, ya te la hubiera robado —Ragnar sonrió, aunque realmente solo enseñó los dientes porque no le gustó el comentario del rey. Iba a contestar, pero la reina Helga también quería hacer su contribución:

—Sí, Ragnar, el rey tiene razón. Todo está buenísimo, ni siquiera en palacio comemos tan bien.

Helga era una mujer encantadora que estaba muy enamorada de su marido. Se habían casado hacía pocos años y, aunque se había corrido el rumor de que había sido un matrimonio por conveniencia, Ragnar estaba presente cuando se conocieron y los dos se habían enamorado locamente en ese momento. Desgraciadamente, se decía que el rey estaba disgustado, porque pensaba que la reina era estéril ya que en el tiempo que llevaban casados, todavía no se había quedado embarazada ni una sola vez.

—Muchas gracias majestad. En cuanto a lo que decís de llevaros a la cocinera, siento tener que deciros que no pertenece al castillo.

Prefería dejar las cosas claras desde el principio porque conocía bien al rey y, aunque todo lo que estuviera en el castillo le pertenecía ya que él lo había conquistado en su nombre, no pensaba consentir que tratara a Sigrid como una posesión más. Tendrían que matarlo para separarla de él.

Haakon se tomó su tiempo y antes de contestar, se limpió la boca delicadamente con la servilleta,

—¿Entonces? ¿de quién es?

Aunque aparentaba estar bromeando, Ragnar sabía que esperaba poder

quedarse con ella porque nunca dejaba pasar la oportunidad de acaparar todo lo que pudiese beneficiarlo. Pero esta vez era distinto.

—Mía.

Su contestación, pero, sobre todo, su tono de voz provocó que todos dejaran de comer y lo miraran boquiabiertos. Nadie, excepto él, se atrevería a mirar así a Haakon ni a hablarle de esa manera, y todos estaban seguros de que la vida de Ragnar dependía de cómo reaccionara el rey a semejante provocación. Mientras tanto, los dos se miraban fijamente.

Inesperadamente, Haakon levantó su copa de hidromiel hacia Ragnar. Él, mejor que nadie, sabía cuánto le debía a aquel rebelde, tozudo y enorme berserker. Y puede que fuera era el único hombre al que le consentiría algo así.

—Pues entonces, ¡brindemos todos por la cocinera de Ragnar!

El resto de los comensales volvieron a respirar y bebieron para celebrar que no hubiera pasado nada grave, entre gritos de alegría.

Ninguno de ellos vio cómo Ewan, el capitán de la guardia del rey, que acababa de llegar después de cumplir una misión por encargo de Haakon, y que había estado observándolo todo, se deslizaba por el pasillo buscando la cocina. Estaba deseando saber cómo era la mujer que había conseguido atravesar la famosa coraza de Ragnar. Y lo entendió todo al ver a Sigrid dejando una tarta sobre una de las bandejas que los criados llevarían después al salón.

—Hola, preciosa.

Ella volvió la cara hacia el umbral de la cocina, pero luego retrocedió un par de pasos al ver la expresión del desconocido. Había visto más veces esa mirada y la reconocía enseguida, era la que tenían algunos hombres cuando iban a hacer daño a una mujer. Daba igual lo que dijeran sus bocas, los ojos no mentían.

—No me extraña que Ragnar quiera esconderte de los demás.

Se acercó sonriendo como una hiena hasta que ella pudo oler la fetidez de su aliento. Luego, Ewan posó su mano en el cuello de la muchacha, deslizándola como si fuera una serpiente hasta su pecho, deseando humillarla para provocar un enfrentamiento con Ragnar. Se aseguraría de que ese monstruo no volviera a ver salir el sol.

—Conmigo lo pasarás mejor que con ese berserker —apretó uno de sus pechos con tal fuerza que ella gritó de dolor y el sonido pareció excitarlo, a juzgar por el brillo que apareció en sus ojos —Mmmm, ya veo, eres una jovencita tierna —se relamió —lo vamos a pasar muy bien. Ya verás como sales ganando conmigo —volvió a sonreír y ella abrió la boca para gritar, pero él, con una risotada lujuriosa, la besó. Segundos después, se separó bruscamente de ella tocándose la lengua que estaba llena de sangre.

—Me has mordido, ¡zorra! —le dio un bofetón con el dorso de la mano que la tiró al suelo a un par de metros de distancia, y Sigrid gritó sabiendo que eso solo era el principio y que él disfrutaría con su sufrimiento. Y Ewan no la defraudó porque la levantó del suelo cogiéndola del pelo y luego, le dobló el brazo detrás de la espalda tirando de ella para sacarla de la cocina, aunque ella, retorciéndose de dolor, se resistía a irse con él. Entonces tuvo un pensamiento para Ragnar y se preguntó por qué no estaba allí con ella, protegiéndola.

—¿No me escuchas muchacha? Te he dicho que dejes de resistirte —sonreía burlón, feliz al imaginar lo que haría con ella —¡Cuánto voy a disfrutar esta noche, gracias a ti!

Sigrid levantó la vista con la marca rojiza del bofetón en la cara, que no hacía más que aumentar su extraordinaria belleza.

—¡Por Odín que eres incomparable! —ante su mirada aturdida, aclaró —eres la mujer más bella que he visto en mi vida —se inclinó susurrando —no debes quedarte con él, es posible que aún no te haya hecho daño, pero lo hará. No puede evitarlo —ella lo miró incrédula pensando cómo podía, semejante monstruo, hablar así de Ragnar. Al ver que sus palabras no causaban ningún efecto en ella, insistió en liberar su ponzoña —es un berserker, ¿lo sabías? —escupió con desprecio y ella se estremeció por el odio que vio en su cara —haces bien en asustarte. Cuando entran en trance no distinguen si a quien tienen

al lado es amigo o enemigo y son capaces de matar a cualquiera, sea hombre, mujer o niño. Por eso el rey los echó del ejército —terminó, con una sonrisa despectiva.

Ella sentía cómo el odio que salía de él chocaba con su cuerpo, como agujas que se clavaran en su piel. Era una sensación tan desagradable que se mareó, pero se pellizcó en un brazo, intentando no perder el sentido. Y fue entonces, cuando gritó llamando a Ragnar.

Ragnar seguía cenando, intentando concentrarse en la conversación, aunque la mente volvía a Sigrid continuamente, mientras observaba cómo la reina bromeaba con su marido. De repente, irguió la cabeza tan bruscamente que la reina se calló y todas las miradas se volvieron hacia él.

El berserker rugía y aullaba enfurecido avisándolo de que alguien estaba haciendo daño a Sigrid, y exigía venganza. Sin decir una palabra, Ragnar salió corriendo hacia la cocina. Los invitados en un primer momento no parecían saber qué hacer, hasta que decidieron seguirlo atropelladamente por el pasillo. El aspecto del guerrero era tan temible que dos de los soldados que estaban en la entrada como escoltas del rey, pusieron la mano en el pomo de sus espadas, por si los atacaba. Pero él los rodeó y siguió corriendo más rápido aún porque acaba de oír cómo Sigrid lo llamaba.

Cuando entró como un ciclón en la cocina encontró a Ewan detrás de Sigrid, retorciéndole el brazo en la espalda mientras ella gemía de dolor. Ragnar supo que faltaba poco para que se lo rompiera y lanzó un rugido de furia, que provocó que a todos los presentes se les pusiera el pelo de punta. Sigrid, a pesar del dolor, seguía resistiéndose a Ewan valientemente mientras que las lágrimas cubrían sus mejillas.

Cuando Ewan escuchó el rugido de Ragnar, se giró hacia él sin soltar a Sigrid, que intentaba cambiar de postura para aliviar el dolor del brazo y evitar que se lo rompiera.

—Has tardado en venir. Me ha dado tiempo a besar un par de veces a esta furcia y no creo que te convenga. Es demasiado tierna para ti —la reina y las dos mujeres que la acompañaban, murmuraban entre sí horrorizadas por el trato que el capitán del rey estaba dando a la muchacha.

Haakon las hizo volver al salón, asegurando a su mujer que él lo solucionaría. Helga le dijo con la mirada que tendrían que hablar más tarde porque le parecía una conducta despreciable.

Ragnar dejó salir al berserker voluntariamente y se lanzó a por Ewan con la intención de matarlo, preferiblemente haciéndolo sufrir lo máximo posible.

El fuerte impacto hizo que soltara a Sigrid, que se quedó tirada en el suelo sujetándose el brazo con la mano y preocupada porque aquel hombre tan cruel pudiera hacer daño a Ragnar. El rey, con un murmullo tranquilizador, la ayudó a levantarse y a apartarse de la pelea, llevándola hasta un rincón de la cocina. Desde allí pudo ver la reyerta sin dejar de temblar, aunque se tranquilizó un poco al ver que el otro hombre no tenía nada que hacer frente a Ragnar. Los dos contrincantes se golpeaban entre gruñidos destrozando la cocina, haciendo que saltaran por los aires los cacharros, la comida y todo lo que encontraban a su paso. Minutos después, el rey llamó su atención dándole un par de golpecitos en el hombro para que lo escuchara. Quería hacerle una petición muy particular.

—Muchacha, imagino que no te gustará nada hacerlo, pero te pido que intentes convencer a Ragnar para que no mate a mi capitán. Nadie que conozca se atrevería a interrumpirlo en este momento, pero tengo la sensación de que a ti te hará caso —ella volvió a mirar la pelea y se horrorizó, porque supo que al capitán del rey le quedaban pocos minutos de vida, a menos que hiciera algo. Y no es que a ella le importara nada su vida, al contrario, pero no quería que Ragnar tuviera ningún problema por su culpa.

Ragnar estaba sentado a horcajadas sobre el pecho de Ewan golpeándolo con tal violencia, que el capitán se había desmayado y su cara sangraba por varios sitios. Asqueada, apartó la vista, pero supo instintivamente que el rey tenía razón y que solo ella podría detenerlo y evitar que lo matara. Siempre sujetándose el brazo, se acercó despacio a él.

Estaba tan obcecado que no escuchó cómo lo llamaba. En ese momento Ragnar solo existía para terminar con la vida del indeseable que se había atrevido a herir a su compañera, pero entonces, sintió su toque delicado en la nuca y se detuvo.

—Ragnar —susurró, su tono fue muy bajo, apenas un suspiro, pero él se levantó por si lo necesitaba, girándose hacia ella rápidamente y mirándola con unos ojos que parecían hielo ardiendo —detente, ya no siente nada. Solo conseguirás matarlo, ven, vámonos de aquí.

Entonces, se fijó en ella como si no existiera nadie más y comenzó a palpar su cuerpo.

—¿Estás herida? —ella enrojeció al sentir sus manos, aunque era evidente que su única intención era comprobar cómo se encontraba.

—No, no. Tranquilo —solo sentía un fuerte dolor en el brazo y le dolía un poco la cara por el golpe, pero nada grave —vamos, no te preocupes por mí, me encuentro bien.

Al ver que él parecía aturdido, como cuando ella salía de un trance, lo cogió de la mano y se lo llevó de allí bajo las miradas incrédulas de los demás que no entendían cómo una sencilla muchacha con solo unas palabras, había podido detener en pleno ataque de furia, a uno de los berserkers más peligrosos de todo el país.

La siguió dócilmente, agarrado a su mano, tranquilo gracias a su cercanía y ella no se detuvo hasta que no estuvieron dentro de la habitación de Ragnar. Lo convenció para que se sentara en la cama y ella fue a por un paño que humedeció con agua de la jofaina. Él seguía todos sus movimientos, concentrado en ella. Sigrid se arrodilló a su lado y comenzó a limpiar las heridas que se había hecho en los nudillos golpeando a Ewan. Entonces, llamaron a la puerta.

Ragnar gruñó y ella sintió que se le ponían los pelos de punta porque parecía un sonido emitido por un animal, pero intentó calmarlo:

—Tranquilo, iré a ver quién es —él siguió mirándola sin decir nada.

Era Egil que parecía estar muy nervioso, pero cuando vio a Sigrid, suspiró aliviado. Había temido por ella cuando se enteró de lo que había pasado, precisamente porque sabía lo imprevisible que se volvía Ragnar cuando le daba un ataque.

—¿Te encuentras bien?

—Sí ¿Por qué no iba a ser así?

—Porque él estaba transformándose, tenía miedo de que te hiciera daño — susurró echando una mirada hacia la cama donde estaba sentado Ragnar, pero él los observaba tranquilo.

—No me hará daño, no te preocupes.

Egil empezó a creer que era real lo que se decía que existían mujeres destinadas a los berserkers, y que eran las únicas que podían contenerlos en medio de un ataque.

—Cuando puedas, dile que el rey se ha ido a dormir y que mañana quiere hablar con él.

—De acuerdo —antes de cerrar la puerta, Sigrid recordó algo.

—¿Sabes dónde está Bera? Acabo de acordarme de que no la he visto cuando hemos salido de la cocina.

—Está bien. Cuando Ewan te ha atacado, se ha escondido en la despensa. Estaba muy asustada, aunque tendría que haber llamado a Ragnar para que hubiera llegado antes.

—Es solo una niña, no le digas nada —suplicó.

—Está bien —bajó aún más la voz, para que Ragnar no lo escuchara —si necesitas algo, llámame, por favor —ella inclinó levemente la cabeza y cerró la puerta.

Apoyó la espalda en la rugosa madera sintiéndose muy cansada de repente. Había estado todo el día cocinando y después había tenido que pelear con Ewan, además, el brazo que le había retorcido con tanta crueldad, le dolía bastante. Con un suspiro volvió junto a Ragnar para terminar de limpiar sus heridas, mientras él seguía mirándola intensamente.

Despertó sintiéndose tranquilo y extrañamente en paz, a pesar de lo que había

ocurrido unas horas antes. Aspiró profundamente y el aire le trajo olor a lluvia y a Sigrid. Buscó de donde provenían y vio que la única ventana que había en su habitación estaba abierta, que era de noche y había luna llena, y que su mujer estaba sentada junto a ella observando la tormenta y sufriendo. Su tristeza, aunque callada, lo había despertado.

Se acercó a ella y puso las manos en sus hombros sabiendo que le había fallado. Tendría que haberla vigilado mejor, pero al menos le demostraría lo que significaba de verdad para él.

—Sigrid, mírame —ella siguió mirando por la ventana y él la rodeó para mirarla a la cara. No pudo soportar ver su expresión de tristeza, de modo que bajó la cabeza y atrapó sus labios con los suyos.

Sigrid se quedó paralizada, pero no por el beso, sino porque en un momento sintió que una llama se le encendía en el vientre y que la sangre se le aceleraba debido a la pasión. Se levantó excitada y Ragnar siguió el contorno de sus labios con la lengua y ella entreabrió la boca ligeramente, dejándole entrar en ella.

Él entonces se sumergió en su boca dándose un festín, explorándola con gula y ella se apoyó en su vigoroso cuerpo, rodeándole el cuello con los brazos y estrechándolo al tiempo que le devolvía sus besos apasionados. Ragnar gimió, atrayéndola aún más cerca, hasta que ella solo sintió el increíble fuego que ardía entre ellos. La fuerza de Ragnar parecía penetrar de alguna manera en ella, mientras que sus manos acariciaban su espalda. Finalmente, sujetó sus caderas y la atrajo con firmeza hacia la dureza de su excitación. Y cuando lo hizo, el placer la inundó, dejando escapar un débil gemido.

Continuó saboreándola mientras sus manos acariciaban su espalda, la piel sedosa de sus hombros y el suave contorno de sus costillas, hasta que llegó, con un gemido, a la curva de su pecho. Estuvo a punto de quitarle el vestido, llevarla a la cama y calmar de una vez su deseo, pero se separó de ella y observó sus ojeras moradas de cansancio y decidió, una vez más, retrasar su necesidad por el bien de ella.

Ella lo miraba con la boca abierta, confundida porque se hubiera detenido tan

de repente.

—No podemos seguir, debes descansar —masculló con voz áspera por el deseo. Pero para él, por encima de todo, estaba ella —cuando nos unamos por fin, no quiero tener miedo de dañarte con mi abrazo, como ahora.

Y tal como ella había hecho antes con él, la llevó de la mano y, sin desvestirla, porque esa noche no podría resistir dormir junto a ella estando desnuda, la metió en la cama y la abrazó. Después, con un suspiro, cerró los ojos decidido a dormir.

SEIS

Sigrid intentó no dormirse enseguida para disfrutar del momento, sintiéndose inesperadamente confortada por tener a Ragnar a su espalda, abrazándola. El calor que él emitía, estaba calentando su cuerpo helado y hasta las sábanas que los rodeaban. Aprovechando que se había quedado dormido, se acercó a él sin miedo y así pudo inhalar el delicioso olor que despedía, una mezcla de caballo, cuero y campo, mezclado con el olor característico de su piel. Durante los últimos días y sin apenas darse cuenta, el roce del poderoso cuerpo del vikingo contra el suyo se había vuelto reconfortante. Hasta aquel momento, ella no había sabido lo que era que alguien la apreciara, por eso no sabía cómo reaccionar con él.

Su vida con Isgerdur había sido tan desdichada que prefería olvidarla y, cuando consiguió huir de la malvada bruja, su experiencia con las gentes que había conocido no había sido demasiado buena, por eso se había recluido en una cabaña perdida en el bosque, para no tener contacto con nadie. Además, la relación que había tenido con algunos hombres, como con Valdis, había sido muy desagradable.

Por eso ahora quería disfrutar todo lo que pudiera de la sensación de sentirse protegida por la fuerza de Ragnar y rodeada de su calor. A pesar de lo mandón que era y de su empecinamiento en que lo pertenecía, reconocía que a su lado se sentía completamente segura.

No pertenecía a nadie, se repitió. Para ella, eso era muy importante después de lo que le había ocurrido siendo una niña. Cuando escapó, solo aspiraba a ser libre. Pero, resguardada por los brazos de aquel hombre tan protector, se dijo que no le importaría seguir junto a él una temporada, al menos mientras estuviera por allí. Luego, ella podría volver a su vida.

Pero ese momento le pareció lejano y borroso mientras el sueño la vencía, sintiendo el arrullador ritmo de los latidos del valiente corazón que tenía a su espalda.

Cuando abrió los ojos, Sigrid se encontró paseando por un lugar mágico, lleno de luz y de sol. Caminaba sobre una alfombra de hierba verde rebosante de flores de todos los colores, y escuchando el trinar de los pájaros. Estaba feliz disfrutando de los olores y de los sonidos del campo.

Pero, en un segundo, todo cambió. Unas nubes taparon el sol y el cielo se volvió negro y amenazante. Los nubarrones llenos de lluvia colgaban sobre su cabeza y, sin saber cómo, se encontró cara a cara con un oso pardo gigantesco que, se sentó ante ella, observándola. Sigrid, aunque no sabía cómo era posible, adivinó que el animal esperaba que lo acariciara y, después de pensárselo, lo hizo, rascándolo en la cabeza y detrás de las orejas. Él ronroneó como lo haría un gato, sentado sobre sus cuartos traseros, disfrutando de las caricias que le dispensaba la muchacha.

Ella sonreía viéndolo disfrutar sin sentir ningún miedo, al contrario, sabía que la protegería. Confiada, se arrodilló frente a él y, aun estando sentado, el animal le sacaba más de una cabeza y la miraba con los ojos de un color azul incandescente que le recordaron los de cierto vikingo...

Nada le avisó del ataque, pero una serpiente gigante aprovechando que estaba distraída, se enroscó en su pierna apretándola con fuerza y abriendo la enorme boca preparándose para morder; entonces, el oso le dio un zarpazo en la cabeza que hizo que soltara a la mujer y retrocediera siseando, con una mirada que prometía venganza.

El oso aprovechó ese momento para colocarse delante de Sigrid, y la serpiente le mordió en varios sitios por donde él empezó a sangrar. La mortal pelea duró varios minutos, hasta que el oso consiguió morder a la serpiente y partirla por la mitad. Luego, volvió junto a Sigrid, sangrando por las heridas y se sentó a su lado, mientras ella lo abrazaba llorando. En ese momento, se despertó.

Ahogó el grito que iba a salir de su boca y se sentó en la cama respirando agitadamente y sintiendo todavía entre sus dedos, el tacto del pelo, a la vez fuerte y suave, del oso. Tan real había sido su sueño, que todavía podía olerlo. Se volvió hacia su izquierda y vio que Ragnar, que también acababa de despertar, la observaba apasionadamente y tomó su mano para tirar de ella y que volviera a tumbarse a su lado.

Pegó su cuerpo esbelto al suyo hasta hacerla sentir su masculinidad y la besó dominándola con la lengua, ahogándola en un mundo de puro placer y siguió haciéndolo durante largo rato hasta que Sigrid no pudo hacer nada más que aferrarse a él. Su cuerpo era su ancla en una tormenta de turbulenta pasión en la que no sabía qué ocurriría a continuación.

De lo más profundo de la garganta del berserker se elevó un gruñido fiero, animal, como el que podría lanzar un oso al despertar de su hibernación, y su boca se trasladó hacia la suave y frágil curva de la garganta de la mujer, donde el pulso latía desenfrenadamente contra la sedosa piel. Sus musculosos brazos se cerraron aún más en torno a ella, abrazándola posesivamente, consciente de que ella también lo deseaba.

Sigrid entonces, entendió lo que significaba arder de necesidad porque se derretía por sus besos y su piel ardía. Se movía inquieta rozándose contra él y los pezones se erguían reclamando su atención, pulsando a través del fino tejido de algodón de su vestido. Ragnar los acarició al principio con suavidad y luego con más dureza, como sentía que ella necesitaba. Y Sigrid notaba cómo la temperatura de su cuerpo ascendía cada vez más, sofocándola.

Él, impaciente, abrió su corpiño y lamió la cremosa curva de sus pechos, con la fiera dentro de él rugiendo, exigiéndole que la reclamara como su compañera; diciéndole que ya había llegado el momento que tanto había esperado. Su cuerpo y su mente ardían por ella. Entonces, Sigrid, volvió a tener miedo sabiendo que, después de su entrega, no habría marcha atrás y tomó la cara de él entre sus manos, susurrando:

—Por favor, dame algo más de tiempo Ragnar —el hombre lanzó una maldición sintiendo que explotaría si no la hacía suya, y volvió a besar sus pechos decidido a convencerla para que lo aceptara definitivamente, pero escuchó el sonido de las lágrimas ahogadas en su siguiente súplica —por favor —y él volvió a maldecir, pero abrió los brazos dejándola marchar. La miró con dureza y vaticinó:

—Está bien, pero no podré aguantar mucho más. La próxima vez, serás mía — la mirada húmeda de ella le agradeció, sin palabras, el tiempo que le concedía.

A pesar de lo que ella dijera, él no tenía ninguna duda de que la próxima vez que estuvieran juntos, ella se convertiría en su mujer. Su andsfrende.

Sigrid estaba asustada por el sueño que había tenido esa misma noche porque sabía que era una premonición, pero lo que más miedo le daba era cómo había reaccionado a los besos de Ragnar, porque casi le había costado la vida resistirse a él. Decidió que se prepararía para marcharse de la fortaleza a la menor oportunidad. No iba a poner en peligro su libertad después de lo que había tardado en conseguirla. Obcecándose y olvidando lo que le decía su corazón, empezó a trazar planes mientras aparentaba quedarse dormida.

Ragnar se había levantado antes del amanecer dejando a Sigrid en su cama, dormida y segura. Al avanzar por el pasillo escuchó voces a pesar de la hora y se sorprendió al encontrar a Haakon solo en el salón, y a Mijail sirviéndole el desayuno. El rey saludó a Ragnar, asquerosamente contento según la opinión del berserker, siendo tan temprano.

—¡Buenos días! —después de echarle una mirada de las suyas, dijo —me he levantado pronto porque nos marchamos hoy, pero antes de hacerlo me gustaría hablar contigo.

Ragnar lo saludó y se sentó frente a él y el rey se acomodó en su silla y entrecerró los ojos, estudiándolo cuidadosamente.

—Esta mañana pareces bastante tranquilo.

—Sí. Lamento si asusté a las damas anoche.

—No solo a las damas, amigo mío.

—Ya —Ragnar hizo una mueca imaginando lo que escucharía a continuación, pero se equivocaba.

—Ragnar, conozco la forma de ser de Ewan y lo molesta que es a veces su ambición, incluso la envidia que puede llegar a tener a los hombres que son superiores a él —hizo una mueca de desagrado —pero como capitán, me resulta extremadamente útil, por eso no me hubiera sentado nada bien que anoche lo hubieras matado. Mientras estabas en pleno ataque, te ordené varias

veces que lo dejaras, pero no me hiciste caso, aunque sé que es algo normal cuando estáis así. Sin embargo, tu cocinera se acerca a ti, te pone la mano encima y simplemente te ruega que lo dejes vivir y tú la obedeces ¿Tiene alguna explicación eso para ti?, creía que cuando un berserker se manifestaba de forma tan agresiva, ya no había marcha atrás.

—Solo ella hubiera podido detenerme en ese momento, porque es mi andsfrende.

—¿De veras?

—No pareces sorprendido —Ragnar si lo estaba, porque acababa de darse cuenta de que el rey lo sabía —sin embargo, yo lo he descubierto hace poco.

—Algo había oído. Por supuesto, te doy la enhorabuena. También he oído que, en la mayoría de las ocasiones, vuestras parejas tienen ciertos... poderes —Ragnar sintió cómo el pelo se le ponía de punta ya que no había nada que al rey le gustara más que un clarividente, pero había visto cómo reaccionaba cuando las noticias que se le daban eran malas —¿ella los tiene?

—No estoy seguro —era mejor que fuera sincero —ella dice que no, pero creo que miente porque estuvieron a punto de quemarla por bruja —el rey chasqueó la lengua disgustado, porque su corte siempre estaba llena de hechiceros, brujas y gente de ese tipo. Simplemente, le encantaban.

—Me gustaría verla ahora, a solas. Sin la reina ni nadie delante, para hacerle unas preguntas.

Estuvo tentado de negarse, pero sabía que ya había forzado la suerte demasiado con él.

—Voy a avisarla.

—Claro, claro. Mientras, aprovecharé para desayunar —alzó su tazón como si estuviera brindando y bebió un largo trago observando cómo Ragnar se marchaba hacia su dormitorio.

Ella lo esperaba vestida y sentada en la cama, como si hubiera escuchado la

petición del rey. En cuanto él entró, se levantó.

—¿Lo sabes? —no contestó —el rey quiere hacerte unas preguntas sobre su futuro —Sigrid fue hacia la puerta después de asentir, pero la agarró del brazo notando su tensión —no te preocupes, yo sabía que me mentías cuando me aseguraste que no tenías poderes.

—Y tú dijiste que no creías en estas cosas.

—Estoy empezando a creer que todo es posible —le acarició la mejilla con el dorso de la mano —escucha, no tengas miedo. Si no ves nada, díselo, es mejor que mentir.

—Nunca miento en mis predicciones y siempre veo algo ¿Vamos? —la siguió por el pasillo, intrigado por su actitud y cuando Sigrid entró en el salón y estuvo en presencia del rey, su forma de caminar cambió, como si fuera una reina que iba a conceder audiencia a un súbdito y no al contrario.

Haakon se irguió en cuanto la vio entrar y arqueó las cejas sorprendido por la belleza de la muchacha, que no había podido apreciar bien el día anterior. Cuando llegó frente a él, le hizo una reverencia perfecta, dejando boquiabiertos a los dos hombres que no esperaban que supiera cómo hacerla.

—Buenos días, majestad. Ragnar dice que queréis preguntarme algo —el monarca se repuso rápidamente y apareció en sus ojos una mirada curiosa. Le gustaría conocer el pasado de aquella muchacha, estaba seguro de que sería muy interesante.

—Quiero saber algo de mi futuro. Es muy importante, no solo para mí, también para nuestro país —ella levantó la mirada y, aunque no se traducía nada en su expresión, Ragnar supo que el rey no le gustaba.

—Muy bien. Estoy preparada cuando vos lo estéis.

—¿No necesitas unas runas o algo parecido?

—No, señor, yo no las utilizo —él asintió y miró de reojo a Ragnar. Pareció fastidiado porque siguiera ahí, pero el vikingo no se iría de ninguna manera.

Le daba igual que al rey le gustara o no —pero sí necesito colocarme junto a vos —Haakon pareció sorprendido por la petición, pero Ragnar le señaló el asiento de al lado con un gesto. Cuando ella se sentó, él aprovechó para colocarse frente a ellos y ver mejor lo que ocurría.

Los dos observaron cómo ella cerraba los ojos y decía unas palabras en un idioma que ninguno de los dos entendió. Después de estar así unos minutos, se volvió hacia el monarca:

—Necesito vuestra mano izquierda —como le presentaba el dorso, le rectificó —con la palma hacia arriba, por favor —entonces, puso su palma sobre la de él, pero antes de que sus pieles entraran en contacto, echó una última mirada a Ragnar que vio que estaba asustada. Estuvo a punto de decirle que lo dejara si quería, pero no le dio tiempo a hacerlo, porque ella entrelazó sus dedos con los del rey y todo empezó.

Tardó un poco en hablar y cuando lo hizo, todavía con los ojos cerrados, se dirigió a Haakon:

—Preguntad lo que queráis.

—Quiero saber si la reina me dará hijos varones —Sigrid inclinó la cabeza hasta que con la barbilla rozaba su pecho y, comenzó a contestar con un tono monocorde.

—No, la reina es estéril.

—Entonces ¿No voy a tener herederos? —su tono era de indignación.

—Sí, pero no con ella.

—¿Con una concubina?

—No, os casaréis con la madre de vuestros hijos.

Ragnar vio la expresión de Haakon y no era de felicidad precisamente, aunque estaba claro que ya se imaginaba algo al hacer la pregunta.

—¿Entonces, debo separarme de ella?

—Sí.

—¿Quién es la mujer que me dará el heredero?

—La hermana de la reina ya está embarazada de vos.

Sigrid seguía manteniendo los ojos cerrados, pero el rey se quedó mirándola estupefacto y luego miró a Ragnar ya que, hasta ese momento, habría jurado que nadie sabía nada acerca del romance que mantenía con su cuñada. Emocionado porque, por primera vez en su vida, había encontrado una hechicera con poderes reales, tembló por dentro antes de hacerle una última pregunta.

—¿Entonces, si me divorcio de mi mujer y me caso con mi cuñada, tendré descendencia?

—Tendréis ocho hijos, pero no seréis feliz. Estáis llamado a ser un gran rey que será recordado durante siglos, pero cuando pasen los años, en vuestra vejez, os arrepentiréis de haber tomado esa decisión.

Ragnar estaba asombrado por el don de Sigrid, entonces ella se derrumbó en el suelo, como si se hubiera desmayado. Él, con el corazón en un puño, se arrodilló a su lado y se inclinó sobre ella, llamándola y acariciando su rostro:

—Sigrid, estoy aquí. Vuelve —insistió varias veces más hasta que ella abrió los ojos, aturdida, y lo vio.

—Ragnar —susurró, pero volvió a perder el sentido.

Él apretó los dientes y la cogió en brazos, levantándola. Haakon también se había puesto en pie por si necesitaba su ayuda, pero al ver que se volvía a desmayar, le hizo un gesto con la mano, despidiéndolo.

—Llévatela y cuida de ella, Ragnar, ya hablaremos.

Cuando desapareció por el pasillo, el rey se derrumbó sobre el asiento y en su rostro, habitualmente indiferente, apareció una expresión de desolación.

La tumbó en su cama decidido a que aquello no volviera a ocurrir nunca más.

No consentiría que se pusiera en peligro de nuevo y si hubiera sabido lo mal que lo pasaba cuando usaba su poder, no habría permitido que realizara la adivinación para Haakon. Ahora entendía por qué ella insistía en que no tenía poderes. Se sentó en la cama, le desató el vestido y se lo quitó al igual que los zapatos, antes de meterla debajo de las sábanas, y ella siguió sin despertar.

Estaba esperando a que lo hiciera cuando Egil llamó a su puerta, se levantó y salió al pasillo para no molestarla.

—¿Qué ha pasado? Haakon me ha ordenado que viniera por si necesitabas ayuda.

—Sigrid se ha desmayado. Estoy esperando a que despierte.

—¿Quieres que avise a alguna de las mujeres para que se quede con ella?

—No ¿Pasa algo?

—El rey quiere salir de caza.

—¿Y quiere que vaya yo?

—No, de hecho, me ha pedido que no te molestara porque piensa que preferirías estar con ella —señaló hacia la habitación.

—Tiene razón. Acompáñalo tú y llévate una escolta de varios hombres.

—Otra cosa —Ragnar, que estaba a punto de entrar, lo miró.

—Creo que Haakon pretende que tú y Ewan lleguéis a algún tipo de acuerdo antes de que todos se vayan. Estaba hablando sobre eso anoche con la reina, que quería que arreglarais las cosas entre los dos.

—Ya —respiró hondo intentando controlarse porque no pensaba arreglar nada con ese cerdo —luego te veo Egil.

—Sí. Adiós.

—Adiós.

Cuando entró en la habitación, volvió a sentir ese gusto en la lengua, dulce y picante a la vez. No sabía cómo, pero ese sabor estaba relacionado con ella. Mientras la miraba desde los pies de la cama, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados, supo que era una señal, la que le avisaba de que había llegado el momento. Así que comenzó a desnudarse.

SIETE

Sigrid abrió los ojos y lo vio sobre ella. Estaba esperando pacientemente a que lo mirara, acariciando un mechón pelirrojo entre sus dedos, fascinado por él. Sus ojos eran más ardientes que nunca y ella supo que ya no esperaría más y decidió, sorprendiéndose a sí misma, que estaba bien porque ella también lo deseaba. Lo observó detenidamente, atreviéndose a seguir el contorno de su cara con los dedos, provocando que él se quedara muy quieto, disfrutando de su primera caricia.

Ragnar tenía una mandíbula fuerte con los pómulos muy marcados y los labios gruesos. El cabello, lacio y negro, le caía hasta los hombros y olía a limpio. Ahora sabía que su olor era debido a que se bañaba diariamente, igual que ella, algo que no era común en todos los hombres que había conocido, desgraciadamente. Con cierta solemnidad, él cogió sus manos entre las suyas y comenzó a recitar un juramento con voz profunda e imponente, que Sigrid escuchó incrédula.

—Tú eres mi andsfrende, mi otro yo, la mitad que le faltaba a mi alma y después de esta unión, nuestros espíritus nunca se separarán.

Encadenada a él por su mirada, sintió cómo algo extraordinario viajaba entre los dos, algo que traspasó su carne para alojarse en lo más hondo de su ser.

Asustada de nuevo, intentó escapar porque ahora había entre ellos unas cadenas invisibles que la ataban a Ragnar para siempre. Pero él la sujetó con suavidad y con firmeza, porque esta vez no había marcha atrás.

—¡No!, ¡Ragnar, por favor! —sollozó porque se había hecho realidad su peor pesadilla, que volvían a tenerla presa.

—Calla, pequeña —le limpió las lágrimas dulcemente —no debes temer nada. Te aseguro que lo único que quiero es tu felicidad y eso es lo que valoraré por encima de todo. Te lo juro. Deja de llorar, me partes el alma cuando lo haces.

Sigrid había conseguido resquebrajar el muro de hielo que rodeaba su corazón y, cuando ella sufría, él también lo hacía.

—¡Necesito ser libre! ¡Por favor, es lo único que he ambicionado desde que era una niña! —la fue calmando con murmullos y besos por toda la cara, mientras esperaba desnudo y acomodado entre sus piernas.

Por fin ella se tranquilizó y él bajó la cabeza escondiéndola en su cuello e inspiró profundamente, empapándose de su olor. Lamió el lugar donde palpitaba su pulso y, luego, la mordió, lo bastante fuerte como para que a ella se le enroscaran los dedos de los pies, sin que ya le quedaran fuerzas para oponerse a él.

—Calma, pequeña —su voz era hipnotizadora, como el ronroneo de un gato.

Luego, se inclinó sobre ella posando la boca sobre sus labios. Sintió su estremecimiento y levantó la mirada para ver si le había hecho daño, pero solo vio excitación en sus ojos. Volvió a besarla suavemente y luego descendió con la lengua por su cuello, a la vez que deslizaba la mano por su cuerpo acariciando su suave piel. Su vientre era plano y deslizó sobre él la palma de la mano, sintiendo el espacio entre los huesos de las caderas. Impaciente, recorrió sus pechos con la punta de los dedos antes de cubrirlos con las palmas de las manos, sintiendo los duros capullos de sus pezones erguidos y desafiantes. Los lamió con gula deleitándose con su sabor y bajó hacia su vientre, deslizándose por sus largas piernas.

Su íntimo aroma le llegó en una fresca oleada e inspiró profundamente sintiendo su miembro tensarse al máximo, con el cuerpo tembloroso por la urgencia de poseerla. Pero antes, quería saber si estaba preparada para él y la penetró suavemente con un dedo que fue cubierto por su humedad, y saber que lo deseaba lo hizo rugir de orgullo y quiso saborearla. La observó antes de hacerlo, pero estaba tranquila y su mirada le dijo que también lo deseaba. Entonces besó su piel más delicada y buscó su clítoris, que atrajo hacia su boca, lamiéndolo y sorbiéndolo hasta que ella alcanzó el éxtasis y hasta que él no pudo contenerse por más tiempo.

Subió de nuevo por su cuerpo, apoyándose en los antebrazos para no aplastarla y susurró:

—Rodéame con tus piernas —ella lo miró sin entender su petición, pero obedeció provocando que el calor que desprendía su pubis, al que estaba pegado su miembro, hiciera que siseara producto de la excitación.

La miró fijamente, mientras la punta de su pene se deslizaba dentro de ella, tanteando, y en la siguiente acometida, se ajustó dentro de ella a la perfección, derrumbando su virginidad a su paso. Ella emitió un quejido involuntario y Ragnar la besó procurando calmarla y pidiéndole perdón. Y cuando le pareció que su malestar había remitido, empezó a moverse dentro de ella, cada vez más rápido, incrementando la excitación de los dos que fue ascendiendo hasta alcanzar un éxtasis cegador que provocó que gritaran a la vez, y que Ragnar descubriera cómo era estar en el paraíso.

Sigrid se durmió enseguida, agotada por el placer y por los acontecimientos, pero Ragnar prefirió disfrutar de la sensación de tenerla junto a él. Por eso supo el momento exacto en el que ella despertó en sus brazos, entonces, acarició su brazo con suavidad.

—¿Cómo estás? —su suspiro de placer y un murmullo consiguieron tranquilizarlo, porque no soportaría haberle hecho más daño.

Quizás tendría que haber esperado más tiempo, pero no había podido. Necesitaba que fuera suya completamente y ya lo era.

Pero el mundo no esperaba y, recordando lo que le había dicho Egil unas horas antes, se sentó en la cama y buscó su ropa.

—¿Te vas? —ella también se movió para vestirse, pero él cogió su mano para que no lo hiciera y la besó inconscientemente, dejando a la muchacha boquiabierta ante ese sencillo gesto de cariño.

—No quiero que salgas de la habitación, al menos todavía. Descansa. Yo tengo que salir para hablar con el rey y ver qué pasa con Ewan, pero no te preocupes, me ha dicho Egil que se irán enseguida —al escuchar cómo contenía la respiración, se detuvo mientras se subía los pantalones —¿qué?

—¿Dije al rey algo que no le gustara?

—No creo que le gustara nada de lo que le dijiste, pero a los dos nos dejaste impresionados con tu don —ella, inconscientemente, se sujetaba el brazo que Ewan había retorcido y en el que ya habían aparecido varios morados con las huellas de los dedos de su maltratador. Ragnar no las había visto bien hasta ahora y tuvo que contenerse para no salir corriendo y terminar de rematar a Ewan. Ella lo sorprendió una vez más con su advertencia:

—Ten cuidado con Ewan. Te odia.

—Lo sé, pequeña —le dejó un beso en los labios y se marchó.

Mijail estaba organizando la cena, pero se acercó enseguida a él, en cuanto lo vio entrar en el salón.

—Milord.

—Buenos días, Mijail —Ragnar le sonrió, lo que hizo que el hombre lo mirara asombrado, porque hasta ese momento lo había considerado como un hombre serio y muy reservado.

—Señor, los invitados están cazando, pero hace unos minutos que han vuelto dos de los soldados de la escolta del rey con las piezas que han cobrado, y me han comunicado que el resto de la expedición volverá enseguida.

—Bien —miró a su alrededor y observó que el mayordomo ya se había encargado de que todo estuviera preparado para recibir de nuevo a los invitados ¿cómo va todo por aquí? —pensó que el antiguo jarl era un inútil por no haber sabido ver el tesoro que tenía con Mijail.

—Bien, señor —a pesar de su juventud, actuaba siempre de manera muy profesional —ya está todo dispuesto, además, me han comunicado que la comitiva real se marcha al amanecer.

Ragnar asintió y siguió paseando junto al mayordomo, mientras que él joven le explicaba cómo había organizado todo para que los invitados se encontrasen lo más a gusto posible.

—¿Y quién va a hacer la comida?

—Afortunadamente Sigrid había dejado un par de bandejas preparadas que solo hay que meter al horno, pero, además sus majestades han preguntado si no había sobrado algo de comida de ayer, porque les había gustado mucho. Así que podemos aprovechar lo que sobró a pesar de que, si ellos no lo hubieran pedido, jamás se me hubiera ocurrido ponerles sobras.

—Por cierto, tendrás que empezar a buscar una cocinera.

—Sí, me lo imaginaba milord —carraspeó —... me he tomado la libertad de hablar con una viuda que vive en el pueblo y que en algunas ocasiones ha venido al castillo a echar una mano. Su marido y ella regentaban una taberna que siempre estaba llena, sobre todo por la calidad de la comida —esperó unos segundos un poco nervioso, sin saber si se había excedido en sus funciones —en fin, que, si os parece bien que venga a trabajar con nosotros, ella dice que lo haría encantada.

Ragnar lo miró impresionado. Sentiría dejar allí a Mijail. Era todo un descubrimiento.

—Me parece bien. Otra cosa, mañana, cuando el rey se vaya, quiero que invites a todos los del pueblo a cenar. Casi todos están ayudando en la reconstrucción de la muralla norte y, aunque resultarán beneficiados por su protección, no está de más agradecerse —al escuchar el ruido de los invitados volviendo de cazar, le dijo en un murmullo —seguiremos hablando en otro momento —el mayordomo se retiró con una inclinación respetuosa de la cabeza.

—¡Ragnar, amigo!

Por su saludo al entrar, el rey parecía estar contento. Venía acompañado de la reina y los seguían, a pocos pasos, los dos matrimonios cortesanos que habían viajado con ellos. Detrás de todos, renqueaba Ewan, que se quedó en el umbral mirando a Ragnar con la cara desfigurada y lanzándole una indisimulada mirada de odio. El vikingo, dándole la espalda con desprecio, se inclinó ligeramente ante los reyes.

—Majestades —Haakon rio porque Ragnar nunca se inclinaba ante nadie y, además, imaginaba que estaba deseando perderlos de vista.

—Nos han gustado mucho los alrededores del castillo, ¡hemos abatido tres jabalíes! —en ese momento, los cortesanos empezaron a decir que había sido gracias a la excelente puntería del rey y alabaron su sentido de la oportunidad y su fino instinto como cazador. Haakon miraba a Ragnar burlescamente dejando que lo adularan y aprovechó para acercarse a él y, poniéndole una mano en el hombro, se inclinó un poco como si quisiera hablar en privado con él, aunque todos podían escucharlo perfectamente.

—Quiero que tú y Ewan hagáis las paces, no me gusta que dos de mis hombres de mayor confianza se lleven tan mal —sonrió, sabiendo lo que sentiría Ragnar cuando le comunicara la decisión que había tomado sobre el castillo —además, es importante que todo el mundo vea que, a pesar de todo, lo respetas, ya que él va a ser el nuevo jarl de estas tierras —a pesar del aspaviento de uno de los cortesanos, continuó como si no lo hubiera escuchado —al fin y al cabo, tú eres el que ha conseguido que tal cosa sea posible.

Ragnar apretó la mandíbula, ofendido porque su peor enemigo se aprovechara de su triunfo y lanzó una mirada penetrante al rey, adivinando que había tomado la decisión con un propósito, aunque no sabía cuál era.

Un momento después, recordó el vaticinio de Sigrid y supo que sus palabras habían provocado esta reacción, y que entregarle el castillo a Ewan era una forma de demostrarle a Ragnar quien mandaba en el reino, y que su autoridad pasaba por encima de todos. También se lo tomó como un mensaje para que ni él ni Sigrid hablaran con nadie sobre la predicción.

—Me alegro de que salga ese tema, señor —viendo cómo estaban las cosas, él también tomó una decisión sobre la marcha —porque la zona está apaciguada y el castillo está en perfecto funcionamiento. Y me gustaría marcharme cuanto antes.

—Mmmm —el rey lo pensó en muy poco tiempo, estaba claro que le gustaba la idea de que se fuera cuanto antes —no veo por qué no —se frotó las manos, encantado. Ragnar intuía que lo que menos le apetecía era tenerle cerca después de lo ocurrido la noche anterior. En sus pupilas podía distinguir un rencor hacia él poco disimulado —Ewan, ¡acércate un momento!

Ragnar se giró hacia el capitán de la guardia porque no se fiaba de él y

observó la hinchazón que ocultaba su ojo derecho. Tenía casi toda la cara hinchada con distintos tonos de morado y los labios partidos.

No se arrepentía de haberle dado una paliza, si acaso, le parecía que había sido insuficiente, porque hoy había podido levantarse.

—Quiero que os deis la mano.

Ewan adelantó la mano sin dudarle, pero Ragnar se lo pensó durante unos segundos antes de hacerlo y, cuando se decidió, sus manos se estrecharon con fuerza y se miraron a los ojos. Los dos estaban seguros de que su enemistad solo terminaría cuando uno de ellos muriera.

—Bien, esto ya está solucionado. Y siendo así, Ewan, es mi real deseo que vengas a tomar posesión como jarl de este castillo y de las tierras vinculadas a él, la semana que viene —Ewan miró al rey incrédulo y luego a Ragnar, pero este no le devolvió la mirada. Al parecer no sabía nada porque, inesperadamente, cayó de rodillas ante el rey.

—¡Gracias, Majestad! ¡No os arrepentiréis! —sonreía regodeándose, pensando que la concesión del rey era un triunfo sobre su enemigo.

—Como Ragnar quiere marcharse enseguida y yo he accedido a ello, deberás tomar posesión de la plaza lo antes posible. Por supuesto, puedes ir a tu casa a recoger lo que creas necesario.

—Gracias, majestad. Tardaré una semana en volver, como mucho —se levantó sin dejar de sonreír ni un momento pensando en cómo cambiaría su vida desde ese momento. Nunca haría soñado con conseguir algo parecido.

—No creo que haya problema. Estoy seguro de que cuando Ragnar se vaya, se habrá encargado de dejar buenos sirvientes en el castillo que cuidarán de todo hasta que vuelvas ¿no es así?

—Por supuesto, señor.

En ese momento, las miradas de todos se desviaron hacia el mayordomo a quien se le acababan de caer unos cubiertos al suelo. Pidiendo disculpas, los

recogió enseguida y siguió su camino.

Ragnar se dio cuenta de que había escuchado lo que había dicho el rey y que no le había gustado la idea. Por lo poco que conocía a Mijail, no le apetecería volver a estar a las órdenes de un miserable parecido a su antiguo jarl.

La reina llamó a su marido a su lado para incluirlo en la conversación que mantenía con los dos matrimonios amigos y él acudió, dejando solos a Ragnar y Ewan, este último le susurró con maldad:

—No creas que olvidaré lo ocurrido.

—Yo tampoco. Y te aviso: la próxima vez que te atrevas a tocarla, morirás. Estás vivo porque nos separaron, pero no volverás a tener tanta suerte.

Ewan retrocedió sin dejar de mirarlo y se dirigió al círculo del rey, junto al que se mantuvo el resto de la noche.

OCHO

Ragnar, después de lanzarle una última mirada de advertencia, salió para decir a Mijail que sirvieran la cena lo antes posible. Estaba deseando terminar con todo aquello y volver junto a ella, pero el nuevo mayordomo le dio una noticia que terminó de enfurecerlo.

—Señor, Sigrid está en la cocina. He imaginado que querríais saberlo.

—Le dije que no se moviera de la habitación —Mijail asintió sin atreverse a hacer ningún comentario sobre algo tan personal, pero había otra cosa que le preocupaba y decidió hablarlo con Ragnar antes de que desapareciera por el pasillo en dirección a la cocina.

—Perdone señor, pero no he podido evitar escuchar que se va a marchar y me gustaría ofrecerse para trabajar para usted en su casa. No sé si allí necesita un mayordomo, pero... —Ragnar lo miró algo descolocado.

—Lo cierto es que no tengo mayordomo. Nunca me ha parecido necesario —la cara de decepción del joven le hizo gracia —pero viéndote trabajar estos días, he comprendido la importancia del trabajo que realizas.

—Gracias, señor.

Con Mijail en su casa las cosas serían más sencillas para Sigrid, porque si no, sería ella, como señora de la casa, la encargada de organizar y dirigir a los esclavos y al resto de trabajadores de la granja y sabía que no le sería fácil, al menos, al principio.

—Lo cierto es que me gustaría que vinieras, pero le he dicho al rey que le dejaré el castillo con los sirvientes necesarios para que funcione bien.

—Si ese es el problema... hay otra persona que trabaja aquí y que puede hacerse cargo de mi trabajo sin problemas, de hecho, ya lo ha hecho antes.

—¿Quién es?

—Knutson, señor.

—No sé quién es.

—Él y yo éramos los asistentes de Uru. Es quien me ha enseñado todo lo que sé, pero ahora se encarga de los libros.

—En ese caso... —le encantaba poder robar a aquel joven tan eficiente a Ewan —tengo que hablar con él primero, pero me parece bien. Si es como me lo cuentas, te contrataré para mi casa.

—Gracias, señor.

Por fin pudo ir a buscar a Sigrid que estaba hablando con una mujer mayor que tenía el pelo blanco, a juzgar por los mechones que escapaban del pañuelo con el que lo llevaba cubierto. Debía de ser la viuda de la que le había hablado Mijail.

—Sigrid —ella se ruborizó al mirarlo —ven un momento —lo siguió después de susurrar algo a la mujer y Ragnar esperó hasta que los dos estuvieron en su dormitorio, antes de volverse hacia ella impaciente, con las manos en las caderas. Ella aguardaba sus palabras con las manos entrelazadas.

—Te dije que no salieras de la habitación.

—Solo he ido a por un poco de agua.

—Creía que había sido muy claro —estaba intentando controlarse porque no quería que ella lo temiera —sabes que este sitio no es seguro para ti y no consentiré que te pongas en peligro, ¿lo has entendido?

A pesar de que no le había levantado la voz, su tono autoritario le dolió y pensó que se creía con derecho a hablarla así porque había accedido a meterse en su cama. Era culpa suya que ahora no la respetara, y esto era lo que había intentado evitar desde que había escapado de Isgerdur. Durante años había recibido todo tipo de invitaciones de los hombres con los que se había encontrado a lo largo de un duro y solitario camino, pero hasta ahora los había rechazado a todos porque para ella lo más importante era ser libre.

—No tienes derecho —él la miró incrédulo.

—¿Cómo dices?

—Que no tienes derecho a decirme lo que puedo o no puedo hacer. Te agradezco que me defendieras ayer —se anticipó a decírselo porque no quería parecer una desagradecida —pero solo soy tu cocinera. Nada más.

Él se pegó a ella y, furibundo, la cogió por los brazos.

—¿Y lo que pasó anoche entre nosotros? ¿Te atreves a decirme que no tiene ninguna importancia? —ella forcejeó para soltarse, pero no la dejó.

—¡Suéltame!

—¡No! ¡eres mía, maldita sea! No sé qué te pasa, pero no tengo tiempo para averiguarlo ahora mismo. Cuando se vayan los reyes, mañana, hablaremos — respiró hondo tragándose las amargas palabras que iba a decir y, cuando siguió hablando, su tono era más calmado —en pocos días nos iremos a mi casa, al sur. Aquello te gustará —ella negaba con la cabeza obcecadamente, provocando que él se enfadara cada vez más y, aunque seguía sin levantar el tono, en su voz se distinguía fácilmente la rabia —no hagas eso, no me contradigas. Vendrás. Tú verás si quieres viajar libre o atada como un animal. Y si hoy vuelves a desobedecerme, te encerraré de nuevo en la celda hasta que se vayan.

Ella lo miró con los ojos desorbitados, sin poder creer que el mismo hombre que había sido tan cariñoso con ella la noche anterior, la estuviese tratando de esa manera y apartó la mirada asqueada consigo misma, porque era la única culpable.

Ragnar, aún empeoró las cosas más porque al ver que no le contestaba, la zarandeo un par de veces. Necesitaba saber que estaba segura hasta que pudiera volver a estar a su lado porque él no soportaría que le pasara algo. Más tarde le pediría perdón si era necesario, pero ahora, le exigía que cumpliera sus órdenes: que se metiera en la habitación y que no saliera de ella hasta que él volviera en unas horas.

—¡Contesta!, ¿lo has entendido? —se estremeció cuando ella lo miró con los ojos vacíos.

—Sí —susurró y apartó la mirada enseguida.

Ragnar asintió y se marchó al salón, comenzando a sentirse un miserable por lo que le había dicho, pero su seguridad era lo más importante.

Sigrid se sintió vacía, pensando que él solo quería controlarla y ella no iba a dejar que nadie volviera a encadenarla, aunque estas cadenas no fueran de hierro. Prefería morir a volver a sufrir como cuando era una niña. Decidida, recogió la toalla y el jabón que había utilizado el día anterior para bañarse en el río y salió discretamente, sin avisar a ninguno de los soldados a pesar de las órdenes de Ragnar, disfrutando del hecho de llevarle la contraria y sin darse cuenta de que un hombre la seguía sigilosamente.

Ewan no podía creer en su buena suerte cuando vio que la muchacha se dirigía hacia el río. En un primer momento, estuvo tentado de esperar a que aquella belleza se desnudara y disfrutar de ella allí mismo, pero decidió que prefería alargar su goce durante días y cuando llegó al bosque, la asaltó. Ella se resistió cómo pudo y abrió la boca para gritar, pero el capitán, sonriendo lascivamente, la golpeó con el puño en la sien, haciéndole perder el conocimiento. Entonces, la levantó en brazos y la llevó hasta los caballos. Afortunadamente había cogido dos de los establos, esperando poder darle el último golpe de gracia a Ragnar y los había dejado atados fuera del castillo. Había sido una suerte que ni siquiera hubiera tenido que buscar una estratagema para que la muchacha saliera de la fortaleza, porque la muy tonta había decidido hacerlo sola para bañarse en el río. Cuando se dieran cuenta de que había desaparecido, nadie pensaría que había sido cosa suya. Y aunque lo descubrieran, cuando dieran con él ya se habría deshecho de su cadáver y sin pruebas, el rey no consentiría que Ragnar le hiciera nada. Entregándole semejante castillo, Haakon había dejado claro quién era su preferido, a pesar de que antes de que lo hiciera, él mismo había tenido bastantes dudas.

Después de echar a la muchacha atravesada sobre el caballo y atarla a la silla para que no se cayera, montó en el suyo y salió al galope tirando de la brida del que llevaba a Sigrid.

Ragnar había estado practicando con la espada, con el rey y con algunos de sus soldados a petición de ellos, hasta que se quedaron sin luz. Como estaba distraído, no había sentido nada hasta ese momento, pero, en cuanto le dejó la espada a Egil y mientras se limpiaba el sudor, supo que algo iba muy mal, entonces, miró a su alrededor buscando a Ewan con los ojos entrecerrados, pero no estaba entre los acompañantes del rey que habían estado observando los ejercicios. Aunque, al comenzar, Ragnar sí lo había visto.

Egil siguió su mirada y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¿Dónde está Ewan? —su segundo se encogió de hombros, y Ragnar se encaró con él —¿te dije que lo vigilaras! ¡Que podía intentar ir a por Sigríð! —iba a correr hacia su dormitorio para ver si ella seguía allí, cuando la contestación de Egil le detuvo.

—No te preocupes, se ha marchado.

Su corazón se saltó un par de latidos al escucharlo.

—¿Cuándo?

El rey se acercó a ellos porque había escuchado la conversación.

—Esta mañana le he dado permiso para irse a su casa. He preferido evitar que os volvierais a ver, así cuando él vuelva, tú ya no estarás aquí —sonrió intentando tranquilizarlo en presencia de la reina que los miraba muy seria, pero Ragnar, sin contestarle, volvió a mirar a Egil.

—¿Dónde está Sigríð? —el miedo recorría sus venas libremente porque sentía que ella no estaba cerca, entonces salió corriendo a su habitación. Pero allí no había nadie.

El interrogatorio a los guardias de la empalizada confirmó que ella había salido hacia el río un par de horas antes y que más o menos a esa hora, también lo había hecho Ewan acompañado de dos caballos. Pero los soldados aseguraban que no salieron juntos. Cerca del lugar donde Ragnar se había

bañado con ella, encontró una toalla y un trozo de jabón por el suelo, además de señales de lucha junto a la ribera y, al hacerlo, lanzó un aullido que hizo que el bosque entero guardara un silencio temeroso. Porque aquel grito era una promesa de muerte y destrucción para el que había apartado a su compañera de su lado.

Egil, que lo había seguido, se colocó ante él estremeciéndose al ver el color de sus ojos, sabiendo lo que significaba.

—La encontraremos, Ragnar —pero él negó con la cabeza mientras andaba hacia el castillo.

—No, amigo. Necesito que te quedes aquí por si apareciera ella o Ewan. Necesito a alguien de confianza que la proteja.

—En ese caso, dime cómo puedo ayudarte.

—Mientras voy a cambiarme, ve a buscar mi caballo y otro que también esté acostumbrado a correr.

—Puedes llevarte el mío, es un buen animal.

—Prepáralos y pon en la silla un par de mantas, dos pellejos de agua, tiras de venado seco, y algo de cebada para los animales. Es posible que tarde más de un día en encontrarla.

Se cambió de ropa, poniéndose una túnica de lana y una piel de lobo encima, sujeta por un cinturón del que colgaba su espadón y una daga muy afilada. En la mano llevaba el hacha que sujetaría a la montura de su caballo. Sobre las botas de piel de ciervo sujetó con correas unas polainas de lana de oveja al estilo vikingo.

Antes de salir, entró en el salón donde lo esperaba el rey, extraordinariamente serio.

—Haakon. Sabes quién se la ha llevado, ¿no? —el rey asintió y todos observaron la tensión entre los dos —esta vez lo mataré. Hace solo unas horas que le avisé de que lo haría si volvía a tocarla. Sigríð es mi mujer, mi única

posibilidad de vivir cuerdo. Tú sabes cuál es el final de los berserkers... estamos condenados a morir locos, cometiendo todo tipo de crímenes brutales hasta que alguien nos detenga matándonos —el rey se acercó a él y pareció más humano que nunca cuando contestó:

—Ve a buscarla, Ragnar. En cuanto a Ewan, te entiendo. Yo haría lo mismo si otro hombre se hubiera llevado a mi reina —por primera vez se arrepintió de lo que él mismo había provocado —como tú dices estaba avisado, y no tengo ninguna duda de que acabarás con él. Se lo tiene merecido.

Ragnar corrió hacia el patio donde lo esperaba Egil con los caballos y subió en el suyo que corcoveó un poco, y se enrolló la brida del otro en la muñeca.

—Cuida de todo hasta que vuelva —ordenó. Luego, asintió con aprobación al ver que Egil había conseguido todo lo que le había pedido en tan poco tiempo, y que lo había atado a la silla del caballo que le había dejado —Gracias, Egil.

Azuzó a su semental con un apretón de las piernas y salió al galope, mientras intentaba hablar con el berserker para que le dijera dónde estaba Sigrid.

Ewan cabalgaba como si el demonio lo persiguiera y quizás así era. Había parado una vez, dos horas antes, para cambiar a la muchacha de postura porque se había despertado y empezaba a escurrirse de la silla. Ahora estaba sentada y atada, y se sujetaba al caballo como podía estremecida por la mirada de locura de su secuestrador. De repente, el caballo de él relinchó y dejó de andar y, a pesar de que Ewan lo intentó, no consiguió que se moviera. Bajó a tierra y dio varias patadas al polvo del camino, al ver la espuma que salía de la boca de los dos caballos.

—Están agotados, ¡maldita sea! Y yo también. Necesito dormir un poco. Anoche no lo hice por los dolores que tenía por la paliza que me dio ese monstruo, pero esta noche me vengaré. En cuanto esté algo repuesto —como no se podía arriesgar a que los animales murieran y quedarse tirado en medio de la nada, se acercó al río cuyo cauce estaban siguiendo desde hacía una hora y los dejó beber. Mientras lo hacían, se acercó a ella y la cogió por el tobillo. Sigrid, en algún momento había perdido los zapatos y tenía los pies llenos de heridas por las ligaduras y lo miró, muda, sabiendo lo que estaba pensando, porque en sus ojos la locura estaba mezclada con lujuria. Tiró del pie

intentando liberarse, pero solo consiguió que él sacara una daga con la que le rozó el muslo, amenazante.

—A menos que tengas prisa por morir, yo que tú me estarías quietecita ¿De acuerdo? —ella obedeció y él le cortó las ligaduras de los pies. Le dejó atadas las de las manos y a ellas unió otra cuerda para poder tirar de ella como si fuera un animal. La bajó del caballo cogiéndola por la cintura, mientras que los dos animales seguían bebiendo con el morro metido dentro del río muertos de sed y ajenos a todo, e hizo que se sentara bajo un árbol que había junto a la ribera a cuyo tronco la ató utilizando la cuerda larga y, solo entonces, se dejó caer a su lado.

Su mirada se paseó por su cara, aún sin poder creer la buena suerte que había tenido llevándose a semejante muchacha, con la se iba a vengar de su enemigo para siempre. El día anterior el rey le había dicho que era la pareja de Ragnar y le había explicado lo que significaba eso para un berserker. Además, mientras consumaba su venganza, iba a disfrutar mucho haciendo sufrir a una mujer tan bella.

—¿Es cierto que eres una bruja? —ella lo miró con recelo —es lo que se rumorea sobre ti —mintió sobre la marcha —que has embrujado a Ragnar porque nunca se había comportado así con ninguna mujer.

—Sí, es cierto, soy una hechicera —ella misma no sabía de dónde le venía esa repentina valentía que sentía en su interior, pero sospechaba que tenía que ver con Ragnar —así que ten cuidado conmigo.

Él le sonrió con burla.

—¿Crees que me dan miedo esas cosas? Espero que, al menos durante unas horas, te muestres así de valiente. Eso hará que el tiempo que dures sea más interesante —amenazó.

Si ese monstruo esperaba verla temblando, no lo conseguiría, porque había decidido resistir lo que le hiciera sin suplicarle nada y, llegado el momento, había decidido que prefería morir a yacer con él. Ya sabía lo que tenía que hacer, había visto que llevaba una daga atada al muslo y creía que, si se colocaba cerca de ella podía robársela. Se rajaría el cuello antes de consentir

que la tocara. Lo que sentía era haber provocado todo esto por haberse dejado llevar por el miedo, porque, en el fondo, ella sentía lo mismo que Ragnar. Y rogó por tener una oportunidad para decírselo y para pedirle perdón.

Ewan se marchó a preparar los caballos para que descansaran porque había decidido que pasarían allí la noche, y Sigrid sintió algo. A Ragnar buscándola. Cerró los ojos e intentó decirle que habían seguido el cauce del río desde que habían dejado la empalizada, aunque no sabía dónde estaban. Cuando escuchó que volvía su secuestrador, sintió un aliento esperanzador en su mente que le dijo:

“Resiste, voy a buscarte”

NUEVE

Ewan no fue tan tonto como para dormir a su lado, aunque era lo que Sigrid deseaba para intentar quitarle la daga, sino que lo hizo frente a ella con el puñal junto a su mano y, además, se durmió en cuanto cerró los ojos demostrando que había sido sincero al decir que el día anterior no había pegado ojo. La muchacha rezó durante la noche para que Ragnar la encontrara y que Ewan siguiera dormido hasta entonces. Pero un par de horas después, se despertó y comenzó a preparar una fogata. Seguía decidido a pasar la noche allí y Sigrid tembló segura de que, al estar más descansado, centraría sus esfuerzos en ella.

—Si no fuera porque tienes las manos atadas, parece que vas a conceder audiencia a algún pobre mortal al que volverás loco con tu belleza —él mismo pareció sorprenderse por lo que acababa de decir y echó una gran rama al fuego para que aguantara unas horas. Cuando las llamas crecieron y estuvo seguro de que durarían, se acercó a Sigrid y se puso en cuclillas a su lado.

—Las mujeres no suelen soportar durante mucho tiempo las cosas que me gusta hacer con ellas. Espero que tú seas algo más resistente —sonrió con crueldad y ella se estremeció.

—Ragnar te matará —de eso estaba segura.

Él movió el brazo en un gesto despectivo.

—¡Bah!, primero tiene que encontrarnos y eso es imposible. Y el rey no va a ayudarlo —se rio al recordar el rumor que recorría el ejército cuando él era solo un soldado —cuando lo nombró capitán de la guardia, cometió un error. Los demás soldados terminaron apreciándolo tanto, que Haakon temió que le arrebatara la corona, ese fue el verdadero motivo de que lo echara del ejército —volvió a reír —eso fue lo que él hizo con el rey Olaf.

—¿Ragnar?, nunca podría ser rey, si no es de sangre real...

—¿Eres la única de este país que no sabe que nuestro rey era un simple soldado antes de arrancarle la corona a Olaf “hacha sangrienta”?

—Yo era una niña cuando ocurrió. Imaginaba que se había casado con una princesa y que así había llegado a ser rey.

—Sí, pero eso fue después de arrebatarle la corona a Olaf.

Sigrid se quedó atónita al entender la razón de la actitud de Haakon hacia Ragnar. Cuando había juntado su palma con la del rey, había sentido su temor a que le quitaran la corona, lo que la había sorprendido, pero no sabía que a quien temía era a Ragnar.

—¿Fue el rey el que te dijo que me secuestraras? —él soltó una risita.

—Eres lista, pero no ha sido él —se encogió de hombros —no me importa decírtelo, porque no vivirás para poder decirle al rey que no he guardado su secreto —se acomodó frente a ella, con la espalda apoyada en un gran chopo y las manos entrelazadas en su barriga, como si se dispusiera a mantener una agradable charla —Haakon me dijo ayer que me entregaba el castillo, en parte, como un aviso a Ragnar, aunque no me contó nada más. Pero no se atrevería a proponerme un plan como este. No, al rey no le importaría que Ragnar muriera, pero no quiere enfrentarse a él. Su ejército es demasiado grande y tiene muchos amigos.

—¿Entonces, por qué haces esto?

—Porque lo odio —sus ojos confirmaron que decía la verdad —me costó años de trabajo llegar a ser capitán de la guardia del rey, pero nunca he podido disfrutar de mi puesto porque enseguida empezaron a compararme con el anterior capitán y yo siempre salía perdiendo ¿Y sabes quién era el anterior capitán del rey?

—Ragnar —susurró Sigrid.

—¡Eso es! —se levantó, furioso —¡todo el mundo decía que Ragnar en el combate era el soldado más fuerte y valiente que había tenido Haakon! Y que por eso llegó a capitán, pero no se puede comparar a un hombre con un

berserker que solo es un monstruo poseído por un demonio.

Oírlo hablar así de él, la indignó.

—¡El único monstruo que hay aquí eres tú! —eso lo hizo decidirse a empezar.

—Acabas de perder el derecho a seguir hablando —se acercó a su caballo y ella lo siguió con la mirada. Cogió una tela de su alforja y con ella la amordazó —¿ves? Mucho mejor. No te preocupes porque a partir de ahora no creo que seas capaz de decir una frase completa. Ha llegado el momento del dolor —rió al escuchar sus gritos a través de la mordaza, mientras que él le desgarraba el vestido de arriba abajo con la ayuda de su daga.

Ragnar sintió que ella estaba aterrorizada. Paladeó su miedo como si estuviera a su lado y no a millas de distancia, y se inclinó sobre su semental pidiéndole que redoblara sus esfuerzos; y Loki, cuyo corazón era mayor que su cabeza sin hacer caso del cansancio, alargó aún más sus zancadas al galopar, haciendo que el hombre al que llevaba sobre el lomo sintiera que, más que cabalgar, volaba.

Sigrid se resistía a Ewan con todas sus fuerzas. Después de desnudarla, la había levantado a la fuerza y a pesar de los golpes que ella le daba con los brazos y de las patadas que le lanzaba, había conseguido atarla abrazada a un árbol.

Luego, se colocó a su espalda y comenzó a explicarle lo que iba a hacer a continuación.

—Desde muy joven me ha gustado someter a los demás y empecé a practicar con los esclavos de mi familia. Una de las cosas que más me gustaba era castigar su piel hasta que los hacía sangrar, de manera que no pudieran tumbarse de espaldas durante largo tiempo. Cuando azotas una espalda de esa manera, se acaba rápidamente la rebeldía en cualquiera. Ahora lo vas a comprobar —chasqueaba la lengua como si estuviera actuando de esa manera por deber, no porque le gustara hacerlo. Ella tiró de las cuerdas, gimiendo y sudando por el miedo, pero solo consiguió hacerse sangre en las muñecas. Antes de empezar, él terminó de arrancarle la camisola y las bragas provocando nuevos gritos de Sigrid a través de la mordaza.

—Para que el látigo pueda trabajar bien, nada debe interponerse entre él y la piel. Es una pena destrozar una espalda tan bonita como la tuya, pero precisamente ahí está la belleza de esto —dejó pasar unos segundos disfrutando con la tensión de su víctima y, cuando sintió que la pillaría desprevenida, lanzó el primer golpe. El chasquido del látigo sobre la piel lo excitó, y su excitación creció cuando escuchó el gemido de dolor de Sigrid, aunque casi no pudo oírlo debido a la mordaza. Contrariado, se acercó para quitársela.

—Esto no está bien ¿Qué gracia tiene si no puedo oírte gritar? Ahora lo repetiremos, preciosa —volvió a golpearla y Sigrid gritó y arqueó todo el cuerpo al sentir el dolor del corte en la piel. Aunque intentaba no llorar, no pudo evitar hacerlo, sabiendo que moriría en manos de un monstruo que se excitaba con el dolor y la humillación de las mujeres.

El siguiente latigazo provocó que de sus labios saliera un nombre que ni siquiera fue consciente de decir.

—¡¡Ragnar!!

Ragnar la escuchó y detuvo su caballo. Había estado a punto de pasarse del lugar, pero miró hacia su derecha por donde le había llegado la voz de Sigrid, aterrorizada y dolorida y contestó echando la cabeza hacia atrás y lanzando su grito de guerra. Un sonido largo y espeluznante.

Muy cerca de él, junto al río, Ewan lo escuchó y se sobresaltó. El alarido que resonó por todo el bosque lo paralizó, como si supiera que era el anuncio de su propia muerte. Sigrid, aturdida, miró hacia su izquierda, por encima de la fogata a través de la oscuridad, intentando ver. Y volvió a tener esperanza.

Cuando el último eco del grito de Ragnar se apagó, la cara de Ewan se crispó en una mueca de desprecio y, armado con la daga, con pasos largos y furiosos se acercó a Sigrid. Ella contuvo el aliento y lo miró en abierto desafío, esperando sentir cómo esa hoja afilada se clavaba en su pecho, pero se equivocaba, porque él cortó la cuerda que la sujetaba al árbol, aunque solo le liberó una mano y ella levantó la vista hacia él preguntándose qué haría a continuación.

Ewan sonrió con crueldad y, envainando el cuchillo, la estrechó contra su pecho y sus manos se movieron lentamente acariciándole la mejilla, como si estuviera hechizado por ella, pero, enseguida, sacudió la cabeza para despejarse y a su cara asomó de nuevo una expresión cruel. Ella no ofreció resistencia, sino que permaneció en sus brazos, dócil, aturdida por el dolor que sentía en la espalda. Entonces él, sabiendo que les quedaban pocos minutos, la tomó por el mentón y la besó en la boca obligándola a abrir los labios. Sigrid intentó apartarlo con las manos, pero casi no tenía fuerzas y él se recreó en su boca, mordiéndola con fuerza en el labio al separarse y, cuando le vio unas gotas de sangre en la comisura de la boca, las lamió con pasión.

—A cada momento que paso contigo, entiendo más a ese bastardo —la miró fijamente —pero él no te tendrá de nuevo. Antes te mataré —susurró, y levantó la cabeza para gritar hacia la oscuridad:

—¡Ragnar, acércate a ver a mi nueva esclava! —Sigrid se estremeció al ver su mirada. Era la de un demente y temió por Ragnar, porque se dio cuenta de que Ewan estaba loco.

Al ver que el berserker no reaccionaba, intentó provocarlo aún más, y colocó a Sigrid ante él, de cara a la oscuridad para que la viera bien, con un brazo doblado bajo su garganta para mantenerla presa y, en esa posición, comenzó a acariciar sus pechos. Quería que el otro viera que la tenía desnuda en sus brazos y que se volviera loco pensando lo que había hecho con ella:

—Ragnar, ¡cobarde! Ya ha sido mía y volveré a derramar mi semilla en ella, junto a tu cadáver ¡Ven a buscarla si puedes!

—¡No es verdad! —gritó ella, pero no pudo seguir hablando porque Ewan presionó su cuello haciendo que le costara respirar y, cuando volvió a dejarla hacerlo, Sigrid comenzó a toser.

En el silencio que siguió, ella solo pudo escuchar el sonido de su respiración y la de Ewan. Y, este, viendo que Ragnar seguía sin reaccionar, la acarició lascivamente la cintura y los muslos; sus caricias cada vez se hacían más audaces, a pesar de los sollozos de Sigrid. Cuando bajó hasta su vientre, ella se retorció indignada a pesar de que el brazo de su captor casi no la dejaba

respirar.

—¿Tendré que tomarla delante de tus ojos, monstruo? —preguntó hacia la oscuridad, con una carcajada.

Pero siguió sin haber respuesta, solo un opresivo silencio que hizo que Sigrid en su locura y producto del dolor, llegase a pensar que había imaginado el grito de Ragnar. Ewan siguió provocándolo durante unos minutos más, pero desistió al darse cuenta de que Ragnar no permitiría que la furia lo arrastrase a una acción temeraria.

—Más tarde seguiré ocupándome de ti, pero antes voy a matar a ese bastardo —susurró a Sigrid en su oído.

Volvió a atarla al árbol con los dos brazos rodeando el tronco, igual que antes; después, fue hasta el fuego y añadió más leña en un intento de que hubiera más luz, mirando constantemente a su alrededor. Sabía que su enemigo hacía rato que estaba oculto en las sombras, esperando el momento oportuno para atacar.

Una vez más reinó el silencio, interrumpido solo por el nervioso pifiar de los dos caballos que estaban cerca del fuego, atados a otro árbol. Sigrid, que sentía la presencia de Ragnar, estaba demasiado dolorida para concentrarse, pero intentaba mantenerse consciente por si podía ayudarlo. Había apoyado, agotada, la frente en el árbol cuando escuchó su voz cortando el silencio:

—Ewan, ¡cobarde! ¡maltratador de mujeres! Aquí estoy, acércate y prueba mi espada, maldito. ¿O solo eres capaz de medirte con una mujer atada? Ven, y pelea como un hombre —Sigrid sentía que su corazón iba a reventar de miedo cuando escuchó la contestación de Ewan.

—Muéstrate aquí, a la luz, y te enseñaré cómo se mata a un engendro como tú.

A continuación, escuchó la exclamación de sorpresa de Ewan cuando Ragnar emergió solo de las tinieblas. Después de una mirada acariciadora a Sigrid, desenvainó su larga espada y la blandió sobre su cabeza. Luego, corrió hacia su enemigo.

—¡Defiéndete, bastardo!

En respuesta al desafío, Ewan corrió hacia él y Sigrid gritó aterrorizada al ver cómo cargaba contra Ragnar con un escudo y una maza sujeta por una larga cadena, que había cogido antes de su caballo. Ragnar esperó a ver por qué lado iba a caer la maza y se lanzó al lado opuesto. Escuchando el silbido de la bola en el aire, rodó por el suelo y se levantó enseguida, a tiempo de ver cómo Ewan volvía a arremeter contra él, pero este, al ver que no conseguiría nada con ese arma, se la arrojó a la cara para tener tiempo de desenvainar su espada y prepararse para el verdadero combate.

Los ojos de Ewan relampaguearon repletos de odio y rio al ver que Ragnar ni siquiera había llevado un escudo, seguramente para que su caballo cabalgara más rápido.

Ragnar atacó primero y dejó mellado el borde del escudo de su enemigo.

Ewan paró como pudo los ataques que siguieron, sin que Ragnar le diera un respiro para poder atacar, porque luchaba por alguien más importante que él mismo y eso le daba fuerzas, y lanzaba una estocada tras otra deseando que su contrincante se deshiciera, agotado, del escudo.

Después de unos minutos, Ewan leyó en los ojos de Ragnar su propia muerte y eso lo afectó en la pelea. Se hizo más lento y comenzó a sudar debajo de la túnica de cuero, entonces, Ragnar cogió su espadón con ambas manos preparado para darle el golpe final, pero Ewan tuvo un momento de suerte, porque el berserker tropezó con una roca que tenía detrás y cayó al suelo y Ewan aprovechó para lanzarle una estocada a la pierna derecha, que estaba desprotegida, y su acero atravesó la polaina, la bota, y la carne. Ewan sonrió al ver que comenzaba a sangrar, pensando que aquello terminaría de mejor manera que como había temido y rugió viendo cercano el triunfo y levantó su espada al ver que Ragnar caía de rodillas. Sigrid se estremeció de temor, pero Ragnar sabía lo que hacía y, aún de rodillas, preparó su espada y cuando él otro atacó, se la clavó en el vientre provocando un aullido de dolor de Ewan, que se supo muerto.

Soltó la espada y se acercó a Sigrid bamboleándose y, cayendo de rodillas ante ella, escuchó acercarse a Ragnar para darle la estocada final. Ella gimió al verlo levantar la espada y apartó la mirada para no ver cómo lo remataba. Cuando Ragnar estaba cortando sus ataduras, miró su cadáver y le recorrió un

escalofrío porque parecía estar mirándola con una sonrisa sarcástica.

—No lo mires —la abrazó con cuidado imaginando cuánto debía dolerle la espalda, y volvió a mirar al cobarde que se había atrevido a dañarla, con el rostro crispado por la cólera. Dándose cuenta de que Sigrid no podía sostenerse en pie, la cogió en brazos y la tumbó cerca del fuego, lejos de donde había ocurrido todo. Luego, cogió una de las mantas que había traído y la cubrió con ella y, entonces, miró detenidamente su espalda y se asustó al ver lo profundos que eran los cortes. Ewan indudablemente tenía habilidad para usar el látigo.

—Voy a lavar los cortes ¿quieres beber agua antes? —ella murmuró que sí y le alcanzó el pellejo que llevaba en el caballo, ayudándola a beber y volviéndola a tumbar de costado, intentando que estuviera cómoda.

—Ragnar, es mejor que laves las heridas con agua del río. El frío entumecerá el dolor, al menos durante un tiempo —él asintió con una expresión rígida en la cara, porque no podía soportar verla así.

—Rellenaré el odre y volveré enseguida —antes de levantarse, le hizo una caricia en la mejilla con el dorso de su mano y ella se sintió un poco reconfortada, aunque sabía que lo peor estaba por venir.

DIEZ

Sigrid cambió de postura varias veces en silencio, intentando reducir el dolor de las heridas, pero no encontraba ninguna en la que no sintiera la espalda en carne viva. Cuando Ragnar volvió, lanzó una maldición por lo bajo al ver su expresión de sufrimiento y sus manos encallecidas y endurecidas por el uso de la espada, fueron increíblemente suaves al lavar sus heridas con agua helada.

—¿Mejor? —ella murmuró que sí, pero él vio cómo se mordía el labio inferior.

Los cortes que Ewan le había hecho con el látigo estaban muy hinchados y parecían muy dolorosos. Al menos había salido la luna que había estado oculta detrás de unas nubes, y ahora Ragnar podía ver lo que había a su alrededor.

—Tendremos que dormir aquí y por la mañana volveremos al castillo.

Pero Sigrid sabía que no podía esperar tanto.

—Es mejor que salgamos ya —él la miró, atento a sus palabras —noto cómo mi cuerpo empieza a reaccionar por las heridas. En pocas horas tendré fiebre y en el castillo hay hierbas que me ayudarán a combatirla. Además, no resistiría el viaje con fiebre.

—Tampoco creo que puedas soportar montar con la espalda así —se pasó la mano por el pelo y se puso de pie, nervioso. Ella se irguió como pudo, apoyándose sobre el codo.

—Sé lo que te estoy pidiendo Ragnar, pero si no salimos enseguida, es posible que no sobreviva.

Él confiaba plenamente en sus conocimientos.

—Está bien, ¿cómo quieres que lo hagamos?

—Creo que lo mejor es que viaje contigo porque no creo que sea capaz de

aguantarme sola en el caballo.

—Puedo montarte al revés, mirando hacia mí, para que no te apoyes en la espalda —pero dudaba que pudiera soportar un viaje tan largo con esos dolores, y él tampoco soportaría verla sufrir de ese modo —¿No hay nada por aquí que puedas tomar para que te duela menos? ¿Alguna hierba o algo? — miró a su alrededor y ella empezó a negar con la cabeza, pero enseguida se detuvo y miró hacia el río, dudando. Ragnar acababa de darle una idea y no se perdía nada con probar.

—Hay unas algas que viven en las orillas de algunos ríos y que se suelen encontrar bajo las piedras. Son de color marrón oscuro y se llaman pastura.

—¿Para qué sirven?

—Es un desinfectante natural y disminuye los dolores. Hay que hacer una cataplasma y ponerla sobre las heridas. Eso debería bastar para insensibilizarme la espalda.

Él ya estaba cogiendo la daga y dirigiéndose hacia el río, pero ella lo sujetó débilmente.

—Espera, Ragnar, hay algo más. Para que la cataplasma funcione, hay que masticar la hierba mezclándola con saliva y su sabor es el más asqueroso que he probado nunca. Yo lo he hecho solo un par de veces y es repugnante.

—¿Crees que eso me importa? —mover la cabeza, incrédulo porque todavía no entendiera lo que ella significaba para él —dime cómo son esas algas.

—Largas y babosas, de color marrón como el pasto cuando se seca, y crecen en grupos bastante numerosos. Si encuentras uno de ellos, creo que tendrás bastante para toda la espalda.

Ragnar fabricó una antorcha con una rama y un trozo de tela y se metió en el río, alumbrando al agua para poder ver y Sigrid se tumbó de nuevo, sintiendo que empezaban a cerrársele los ojos no solo por la fiebre, también porque estaba muy cansada.

Cuando él volvió, estaba medio dormida. Se arrodilló a su lado y dejó los dos puñados de algas que había arrancado en el suelo y acarició una de sus manos, susurrando su nombre:

—Sigrid —ella abrió los ojos despacio y sonrió a pesar de que los dolores cada vez eran más fuertes —¿son estas las hierbas? —levantó un ramillete de hierbas marrones y gelatinosas que chorreaban agua y ella las miró con los ojos entrecerrados.

—Sí. Has tardado muy poco en encontrarlas —pero él no quería hablar. Todas sus energías estaban concentradas en hacer la cataplasma.

—¿Basta con que las mastique y que después te las ponga en las heridas?

—Sí, pero tienes que masticarlas lo suficiente para formar con ellas una papilla y cubrir con ella los cortes. Cuando hayas terminado, hay que cubrirlo todo con un paño limpio, de algodón.

—¿Y de dónde pretendes que saque un paño ahora? —el verlo preocupado por eso, después del valor que había demostrado luchando con Ewan, consiguió que sonriera.

—Utiliza mi camisola. Debe de estar en el suelo, donde la tiró Ewan. Tráemela si quieres e intentaré hacer tiras con ella —él se la entregó y, enseguida se metió un puñado de las asquerosas algas en la boca y empezó a masticar mientras que ella intentaba romper la camisola, pero como no podía mover los brazos sin que le doliera más la espalda, lo hizo él con su daga siguiendo sus instrucciones, sin dejar de masticar.

Después de que terminara de cubrirle la espalda con la pasta que había resultado, Sigrid se incorporó un poco para que se la vendara con las tiras que ella ataba por delante, apretando lo suficiente para que no se le cayera el emplasto. Cuando terminaron, Ragnar fue a enjuagarse la boca en el río y, cuando volvió, Sigrid intentaba coger fuerzas para el largo camino que tenían por delante.

—¿Cómo estás? —sonrió valientemente, pero no le engañaba —esperaremos a que haga efecto.

Se quitó la camisa y se la puso a ella, ayudándole a meter los brazos por las mangas con cuidado y quedándose él con el torso desnudo.

—No Ragnar, tendrás frío —protestó, provocando que él riera por lo bajo, sabiendo que eso era imposible.

A veces, en pleno invierno, cabalgaba solo con pantalones, ya que uno de los efectos de tener el berserker era que siempre tenían calor.

Después de atarle la camisa, volvió a cubrirla con la manta y se sentó junto a ella. En pocos minutos, Sigrid notó cómo el dolor se transformaba en un hormigueo que terminó insensibilizando su espalda.

—Estoy mejor, creo que deberíamos salir cuanto antes.

Él fue a por su caballo, al que había dejado suelto por si quería beber o comer y lo acercó a donde estaba ella, luego, la cogió en brazos cuidando de no tocar sus heridas y ella se abrazó a su cuello.

—¡Es increíble! ha dejado de doler totalmente —él arqueó una ceja extrañado por verla tan impresionada, ya que ella era la que conocía cuales eran los efectos de la hierba —no es lo mismo que tú veas que funciona con alguien, a sentirlo en tu propio cuerpo —se justificó Sigrid.

—Me alegro de que sirva de algo tener este asqueroso sabor en la boca — bromeó y la colocó sobre el caballo mirando hacia la grupa del animal, después subió él, colocando las piernas de ella encima de las suyas para que estuviera cómoda. Finalmente, hizo que se recostara sobre su pecho y ella lo abrazó por la cintura, encantada con la postura.

—Gracias por venir a buscarme.

—Te habría encontrado en el fin del mundo. Siempre te encontraré.

Espoleó al caballo para que comenzara a caminar mientras escuchaba su contestación.

—Lo sé, sabía que vendrías. En el fondo, lo sabía.

Sigrid consiguió mantenerse consciente hasta que llegaron al castillo, aunque durante la última media hora de viaje, la espalda le había empezado a doler otra vez. Ragnar la llevó lo más deprisa que pudo a su habitación, mientras que ella mantenía los ojos abiertos sin ceder al cansancio y a la fiebre.

—Ragnar —le quitó la manta, la metió bajo las sábanas y se sentó junto a ella.

—Dime qué tengo que hacer.

—Ya ha empezado a subirme la fiebre. Debería bañarme con agua tibia, además, el baño ayudará a quitar la cataplasma, que ya ha hecho su trabajo. Hay un ungüento en la despensa que preparé hace unos días para las heridas, que es el que hay que poner en su lugar —él se levantó al instante.

—Espera aquí, ordenaré que traigan la bañera y el agua.

—No llates a nadie. Es muy tarde, todo el mundo debe de estar durmiendo —aún no había amanecido.

Pero él ya había salido al pasillo y volvía minutos después seguido por dos de los sirvientes que, medio dormidos, traían la bañera vacía. Luego volvieron a salir a por el agua.

—Ragnar —él volvía a estar sentado junto a ella echándole el pelo de la cara hacia atrás con una suavidad y una ternura impropia de él, como si quisiera consolarla —cuando amanezca, que venga Bera y le explicaré cuáles son las infusiones que tiene que hacer, a qué horas me las tiene que dar y cómo hacer las cocciones —él volvió a levantarse sin hacer caso de lo que le había dicho que esperara hasta que amaneciera, pero cuando estaba junto a la puerta se volvió para preguntar.

—¿Quién es esa Bera? —ella sonrió y se lo explicó, luego, cerró los ojos.

Se debió de quedar dormida unos minutos porque cuando volvió a abrir los ojos, entraban en la habitación Ragnar, seguido de Bera y de Mijail. La muchacha se acercó a hablar con Sigrid, algo atemorizada. Afortunadamente era una chica despierta que entendió lo que tenía que hacer enseguida, y salió corriendo para empezar a prepararlo todo. A continuación, volvieron los dos

sirvientes y llenaron la bañera. Ese fue el momento en el que Ragnar echó a todos del dormitorio, porque quería ocuparse, él solo, de bañarla. Y el cariño y el cuidado que derrochó con ella consiguieron que Sigríð se prometiera que nunca más dudaría de sus sentimientos.

Después de secarla con un paño, le extendió por la espalda el ungüento que Bera había traído, la ayudó a tumbarse y la arropó. Ella cayó agotada, pero antes de dormirse, murmuró un gracias acompañado de un suspiro de placer que consiguió que él se sintiera totalmente recompensado.

Horas más tarde, Ragnar se despertaba bruscamente y algo desorientado, porque había escuchado voces. Se había quedado dormido en la silla que había junto a la cama y se irguió para ver a Sigríð, que no parecía estar nada bien, se retorció y no paraba de dar vueltas en el paroxismo del delirio. Había acertado al decir que tenían que volver lo antes posible porque, unas horas después, no podría cabalgar.

A partir de ese momento, Ragnar comenzó una dura lucha de un tipo desconocido para él, porque no se requería fuerza y destreza con la espada, sino determinación y mucha paciencia.

Sigríð no bebía ni descansaba y, si conseguía que tomara un sorbo de las infusiones que debía beber, no permanecían en su cuerpo el tiempo suficiente para que hicieran efecto porque las vomitaba enseguida. Pero lo peor para él era escuchar el terror en su voz cuando hablaba, inmersa en sus pesadillas.

—No dejes que me lleve, no..., por favor, por favor.

Ragnar, siguiendo las instrucciones que ella misma le había dado, le mojaba el cuerpo continuamente con una esponja intentando bajar la fiebre. Así estuvo haciéndolo durante horas, hasta que había caído rendido y se había dormido en la silla. Ahora, comenzando a desesperar, se sentó en la cama y la cogió en brazos, sentándosela en el regazo, intentando que lo sintiera, aunque estuviera inconsciente.

—Shhh —susurró sobre su sien, al tiempo que le rodeaba la cabeza con la mano —descansa, Sigríð, calla, no hay nadie más que tú y yo aquí. Nunca dejaré que vuelvan a llevarte. Te lo juro.

Ella se aferró a él, pero seguía murmurando incoherencias. En esa misma postura, cogió la esponja y la escurrió sobre ella, empapándose a sí mismo, pero notando que, abrazada a él, parecía más tranquila.

—Descansa, estoy aquí. Nadie volverá a hacerte daño.

Volvió a coger la taza con la infusión y la persuadió para que la fuera bebiendo sorbo a sorbo hasta que la terminó y esta vez, milagrosamente, retuvo el líquido en su cuerpo. Volvió a acostarla y la cubrió con las sábanas que, lógicamente, estaban mojadas, así que se levantó para buscar a Bera y que se las cambiara. Y mientras, decidió aprovechar para darse un baño en el río. Necesitaba refrescarse y comer algo para poder seguir cuidando de ella.

Volvió del río mucho más despejado, cuando entró en el salón a desayunar. En cuanto lo hiciera, sustituiría a Bera a quien había dejado a cargo de Sigrid, pero se sorprendió al ver a Haakon que parecía estar esperándolo. Había olvidado completamente que el rey estaba allí, eso era algo inconcebible. Y peligroso.

—Estaba a punto de desistir de hablar contigo.

—Majestad —el rey señaló la silla que había junto a la suya y el vikingo se dejó caer en ella y le hizo una seña afirmativa a Mijail, que le acababa de preguntar si quería desayunar.

Estaba seguro de que Haakon ya sabía lo que había ocurrido con Ewan, y se imaginaba que no le había hecho ninguna gracia.

—Dejémonos de fingimientos, ¿no crees?

Ragnar lo miró con el ceño fruncido.

—No sé qué quieres decir.

—Que ni tú ni yo nos soportamos, pero creo que los dos somos un mal necesario para nuestro país.

Lo miró en silencio sin saber cómo responder. Parecía la típica pregunta que te podía llevar a la prisión o al cadalso. Y Haakon rio, incrédulo, al ver su

reacción.

—Por primera vez en todos los años que hace que te conozco pareces dudar sobre cómo responder. No hace mucho tiempo habrías contestado, sin dudar, con lo primero que se te pasara por la cabeza —lo miró con los ojos entrecerrados —parece que ahora valoras más tu vida ¿Es cierto?

—Es posible, señor.

—Eso me conviene. Así, al menos, aparentarás que me respetas frente a los demás.

—Haakon —contestó, decidiendo sincerarse con él —no lo aparento, te respeto y respeto profundamente la corona, aunque hay ocasiones en las que no estoy de acuerdo con lo que haces.

El rey se pasó la mano por la cara, dejando ver su frustración y, finalmente, decidió contestarle con la misma sinceridad.

—Empiezo a pensar que no eres demasiado consciente del efecto que tienes en los que te rodean. Cuando estabas en el ejército, todos te adoraban, los soldados que mandabas, los cortesanos, la reina... Todos. Te eché de tu cargo injustamente y lo sabía entonces, igual que lo sé ahora —ante la mirada asombrada de Ragnar, aclaró —la verdad era que ya no podía soportar más tu presencia en mi corte haciéndonos sombra a todos, incluyéndome a mí —suspiró —imagínate lo que me ha costado pedirte que me ayudaras a conquistar este castillo. Además, después de todo eso, encuentras a la mujer de tu vida a quien, como es lógico, pones por encima de todo. Pero todos no tenemos ese privilegio, por ejemplo, yo no puedo hacerlo. Ya oíste a tu compañera, ¿lo entiendes? ¿entiendes cómo me siento?

Ragnar lo miró fijamente, recordando lo que Sigrid le había vaticinado: que con la actual reina no tendría hijos.

—Sí, majestad. Lo entiendo.

El rey haría lo que fuera necesario por la corona, incluso divorciarse, pero no era tan indiferente como quería aparentar. Sufriría al separarse de Helga, pero

lo haría.

—Lo siento, Haakon —y era sincero.

—Yo también —el rey se quedó mirando al vacío, pensativo, y Ragnar supo que era mejor dejarlo solo.

Seguramente nunca serían amigos, pero al menos, ahora, se entendían.

La serpiente gigante había vuelto y Sigrid no podía moverse para huir de ella, cada vez que intentaba levantarse, sus piernas no la obedecían. Gimió asustada, afortunadamente el oso había vuelto y ahuyentó al ofidio. Luego mecía a Sigrid en sus brazos con dulzura.

—Estoy aquí, todo va bien... estoy aquí.

Sentía que un calor asfixiante le abrasaba los pulmones y con un grito de agonía luchó por escapar de él, entonces, sintió que algo le refrescaba la frente y, desesperada, suplicó porque esa mano amiga continuara consolándola.

—Por favor, no pares. Estoy ardiendo —gimió de alivio cuando el mismo frescor recorrió su cuerpo, aliviando aquel calor insoportable.

La serpiente volvía a acercarse en cuanto se descuidaba, mirándola con maldad, deseando despedazarla con su gigantesca mandíbula. Se volvió para huir de ella, pero se chocó con Ewan que reía diabólicamente empuñando su látigo.

—Cómo voy a disfrutar haciéndote sangrar, bruja.

El oso los miraba a pocos metros, sin hacer ademán de moverse, como si no le importara lo que estaba pasando y ella alargó la mano hacia él.

—Ayúdame, por favor.

Ewan, comenzó a castigarla duramente con el látigo, y ella volvió a gritar de dolor, pero enseguida el malvado cayó destruido bajo las garras del oso que se transformó en Ragnar, y que volvía a tenerla sentada sobre su regazo para darle de beber un líquido repugnante. Sigrid se echó hacia atrás porque no

quería tragarlo, pero un pecho duro como el acero le impedía batirse en retirada.

—No —boqueó mientras su cabeza retrocedía hasta que el hombro de él le impidió retirarse más.

—Vamos, bébetelo —a pesar de la gravedad de su voz, su tono fue cariñoso —venga, pequeña, un poco más. Luego te dejaré descansar —el cariño con el que la trataba traspasaba su piel y consiguió que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Ragnar volvió a verla llorar en sueños y se desesperó porque ya llevaba así tres días y no mejoraba. Al contrario. En ese momento recordó que, en algunos casos, se podía hablar con el berserker. Quizás el espíritu pudiera decirle qué debía hacer porque no podía seguir así, cada vez se debilitaba más. Y estaba dispuesto a intentar lo que fuera para que ella se recuperara.

ONCE

Cerró los ojos intentando aislarse de los gemidos y de la respiración agitada de Sigrid, concentrándose en la suya, y estuvo así durante un rato hasta que todo lo que no era él desapareció, entonces, preguntó sin palabras qué tenía que hacer para que ella se recuperara y la contestación apareció como un fogonazo en su mente:

“La unión debe completarse. Debes atarla a ti con nudos más fuertes que la vida o la muerte para que pueda encontrar el camino de vuelta. De esa manera, le transmitirás parte de tu fuerza y se curará, pero ella debe estar consciente mientras ocurre”

Incrédulo, abrió los ojos y vio que Sigrid seguía sufriendo y retorciéndose. Se levantó decidido y comenzó a desnudarse. Después, por segunda vez en su vida, permitió conscientemente que el berserker tomara el control y sintió que un torrente de calor le recorría el cuerpo y que su miembro se alargaba, muy excitado. Entonces, levantó la sábana que cubría a Sigrid para tumbarse con cuidado sobre ella.

—No puedo dejar que te vayas, andsfrende. Ahora eres mía y yo tuyo y nunca

más estarás sola —juró. Acarició su mejilla con suavidad, pero ella no reaccionó.

—Sigrid, vuelve a mí. Despierta, pequeña —ella intentó abrir los ojos, pero le costaba demasiado y desistió de hacerlo, entonces, él la besó e introdujo la lengua en su boca jugando con ella, intentando convencerla.

Al principio, Sigrid no contestó a su provocación, pero poco después lo hizo y abrió los ojos. Su cara estaba roja por la fiebre y toda su piel ardía, asustándolo al tocar su cara.

—Sigrid, lo eres todo para mí. Quédate conmigo, no te vayas.

Ella estaba aturdida y lo miraba incrédula porque, encontrándose tan mal, quisiera acostarse con ella.

—Estoy enferma...

—Lo sé, pero es la única manera de que te cures. Confía en mí —volvió a besarla.

Notaba su cansancio, pero no podía ceder. Tenía miedo de perderla. Acarició su cuello con los labios y lamió el lugar donde el pulso latía acelerado.

—Sigrid, abandónate a mí —acarició su mejilla con el índice —entrégate y te curarás —ella se mordió el labio inferior mirándolo con los ojos entrecerrados, respirando con dificultad.

Pero él no desaprovechó su silencio, acariciándole los pechos y hundiendo los dedos en su cintura. Ella, volviendo a sentir la excitación que siempre le provocaba, dejó que lo hiciera, aunque tampoco se sentía con fuerzas como para oponerse.

Su muda aceptación hizo que Ragnar sintiera tanto placer como el más feroz de los orgasmos, porque significaba que, en aquellos momentos, aun estando enferma, confiaba en él y ninguna alabanza podría ser mayor que esa. La andsfrende estaba por encima de todo para un berserker, incluso de sus propios hijos, porque sin ella la vida no era posible.

Empujó la lengua dentro de su boca y tiró de sus pezones provocándola. Algo más animada, las uñas de ella se clavaron en su espalda y le encantó sentir ese pequeño dolor que significaba que, a pesar de todo, estaba tan ansiosa como él. Abrió las piernas de Sigrid empujándolas cuidadosamente con las manos, y en los ojos de ella vio que los suyos volvían a ser incandescentes.

Mientras besaba furiosamente sus pechos, enlazó con el antebrazo una de sus rodillas levantándole la pierna y se introdujo en ella. Ella gritó debido a la impulsiva entrada, pero su humedad le dio la bienvenida y Ragnar se quedó inmóvil un momento, absorbiendo la sensación de éxtasis porque su carne lo rodeara. Y un abrumador instinto de posesión lo recorrió. Quería marcarla como suya y que cualquier hombre que se acercara a ella supiera que lo pertenecía.

Sigrid sintió que pasaba algo y lo miró fijamente.

—Ragnar ¿qué ocurre? —susurró y tomó la cara del hombre entre sus manos
—¿estás bien?

Su preocupación desató su fuerza desatada y el berserker, sin recordar que tenía que ser suave con ella, se apoyó en los brazos y arremetió contra ella con fuerza, penetrándola. La cama temblaba al ritmo de sus empujones, y ella se aferró a sus hombros intentando estabilizarse con una sonrisa provocada por el creciente placer, que recorría su acalorado cuerpo.

Un sonido profundo inundó la habitación, haciéndose cada vez más fuerte hasta que se dio cuenta de que era un gruñido que profería él mismo. Y ya no fue capaz de detenerse, la besó, la lamió y la mordisqueó apasionadamente hasta que sintió el orgasmo llegar violentamente, y ella lo acompañó, experimentando su propio clímax al mismo tiempo, mientras se aferraban el uno al otro.

Y, abrazados, se durmieron.

Sigrid soñó con un mundo distinto, uno que reconoció.

Se despertó en un palacio enorme, lleno de música y de luz y atravesó un largo pasillo blanco hasta llegar al salón del trono. Allí encontró a una niña de largo

pelo rojo, que estaba sentada en la escalinata por la que se subía para llegar al trono, y que parecía muy asustada. Se acercó a ella deseando borrar el miedo de su rostro.

—¿Qué te pasa, pequeña?

—Que mi madre y mis hermanas no están. Me he perdido y no puedo encontrarlas —al ver que hacia un puchero como si estuviera a punto de llorar, Sigrid se sentó junto a ella y la abrazó.

—No llores, seguro que las encontraremos ¿Quién es tu madre?

—La reina —ahora lloraba con más fuerza. Parecía desconsolada.

—Tranquila. Dime, ¿cómo te llamas? —la niña, que tendría cinco años, la miró con sus enormes ojos verdes y contestó:

—Sigrid, como tú.

Sigrid se estremeció sabiendo que no era un sueño, sino una especie de recuerdo. Al fin podía ver cómo era su vida antes de que la vieja Isgerdur la secuestrara y decidió aprovechar la ocasión.

—¿Cómo te has perdido?

—Una hermana de mi madre, que también quería el trono, le lanzó un hechizo cuando la nombraron reina: que su séptima hija desaparecería y que nunca volvería a verla —volvió a llorar.

—Estoy segura de que podemos encontrar a tu familia —antes de que pudiera preguntarle algo más, la niña se levantó y cogió de la mano a Sigrid, y bajó la escalinata caminando hacia el centro de la estancia.

—¡Ven, vamos a sentarnos a la mesa!

La mesa, que había aparecido de repente, estaba llena de fuentes y de bandejas con comidas muy coloridas, que ella no conocía. También había ocho sillas con ocho platos delante de cada una y, cuando Sigrid fue a sentarse en la que tenía más cerca no pudo hacerlo porque había un bebé que comenzó a patallar

en cuanto la vio. Asombrada a verlo solo y, con miedo de que se cayera, soltó a la niña de la mano y lo cogió en brazos sentándose con él en el regazo. La niña se acercó muy sonriente y acarició la carita del bebé, luego miró a Sigrid.

—Debes cuidarlo bien, porque es muy importante para el futuro.

—¿Es mi hijo? —la pequeña Sigrid ladeó la cabeza y la miró con una sonrisa pícaro.

—Sí, pero no ha salido de tu vientre.

Cuando volvió a mirar al bebé, ya no estaba y la niña tampoco, y al mirar a su alrededor se dio cuenta de que estaba otra vez en la escalinata, pero en esta ocasión, a su lado, había una mujer muy hermosa, sentada en un escalón y llorando. Se acercó a ella creyendo que sería ella misma cuando fuera mayor, pero, cuando la desconocida levantó la cabeza y la vio, la tristeza desapareció de su rostro y se acercó a ella con la mano extendida y temblorosa, intentando tocar su rostro.

—¡Por fin! ¿qué milagro ha hecho que vuelvas a mí, hija mía? Creía que el sortilegio que te lanzó mi malvada hermana no se podía contrarrestar —su toque era vacilante, como si temiera que no fuera real.

—¿Eres mi madre? ¿de verdad? —la reina rio y la abrazó, convencida por fin de que era real.

—¡Verás cuando te vean tus hermanas! Al ser la más pequeña de todas, se sienten responsables de tu desaparición. Yo no estaba en palacio ese día y no se explican cómo pudo llevarte Isgerdur con todas ellas delante, pero ahora eso no importa. Lo importante es que hayas vuelto, querida Sigrid y que ya no nos separemos más.

Con una última caricia a su rostro, la figura de su madre se fue difuminando poco a poco hasta desaparecer del todo, y lo último que desapareció fue su sonrisa.

Sigrid emergió de la oscuridad abriéndose paso de nuevo a la vida, a la luz. Abrió los ojos y vio que estaba tumbada de costado y que, frente a ella y

pegado a su cuerpo estaba él, también tumbado de costado y completamente desnudo.

Ragnar llevaba mucho rato esperando a que despertara y se inclinó para darle un largo beso en los labios, después volvió a palparle la frente por costumbre.

—¿Estás mejor? Creo que ya no tienes fiebre.

—No debería decírtelo, pero creo que tu “tratamiento” ha funcionado —el río encantado y contestó.

—Entonces, tendremos que repetirlo —y, a pesar de los aspavientos de ella, durante los siguientes minutos le dio otra dosis de la “cura”.

Después de estar un rato en silencio y abrazados, sintió la necesidad de contarle lo que no había confesado nunca.

—No recuerdo nada de mi vida antes de los seis años. Siempre creí que mi familia me había vendido a Isgerdur —ahora sabía que no había sido así.

Ragnar la abrazó más estrechamente, cogiendo su mano y llevándosela al corazón en un gesto que cada vez hacía más a menudo.

—¿Quién es Isgerdur? —alguna vez había oído ese nombre en sus labios.

—Una hechicera que me mantuvo prisionera desde que tenía seis años hasta los catorce —le tembló la voz, pero tragó saliva y continuó porque quería que él supiera la verdad —me tenía siempre encadenada, sin poder salir de la casa. Me costó años idear un plan para escapar, pero lo conseguí. Cuando ella salía de casa, me hacía tomar unos polvos antes, con los que me dormía para que no escapara. Y, sin que se diera cuenta, empecé a robárselos, solo podía quitarle unos granos cada vez y, por eso, tardé semanas en tener suficiente cantidad para una dosis.

Una noche, cuando tenía catorce años se los eché en la cena y se durmió. Le quité la llave del grillete y me escapé. Estuve vagando sin establecerme en ningún sitio durante años, en parte por miedo a que me descubriera —suspiró al recordarlo —hace unos meses llegué a estas tierras y descubrí la cabaña

abandonada en el bosque donde estuve viviendo feliz, hasta que conocí a Valdis —Ragnar la besó en la frente, intentando consolarla.

—¿Qué hiciste durante esos años, hasta que llegaste aquí?

—Iba de pueblo en pueblo intentando vivir de mi trabajo como sanadora, pero casi siempre tenía problemas con hombres que querían llevarme a su cama. No es la primera vez que me acusan de brujería por haberme negado a hacer lo que ellos querían.

—¿Y eres una bruja? —sonrió al preguntárselo porque había visto pruebas de sus poderes.

—Por supuesto —contestó muy ufana y él rio divertido.

—Pero lo que no entiendo es por qué te tuvo encerrada esa mujer durante tantos años.

—Creía que quería aprovecharse de mis poderes de adivinación, y por eso me hacía trabajar para ella. Todos los días traía gente a la cabaña que le pagaban para que yo contestara a sus preguntas, pero... —él no la dejó terminar porque había algo que tenía que saber.

—¿Cómo lo que hiciste con Haakon?

—Sí

—¿Siempre te sientes tan mal después de hacerlo?

—Sí, después del trance, me da una especie de ataque y me quedo inconsciente durante un rato —al notar la tensión en los brazos de él, intentó tranquilizarlo y le puso la palma de la mano en la mejilla —pero cuando me despierto, me encuentro bien.

—No quiero que vuelvas a hacerlo —ella sonrió, conmovida por su instinto de protección.

—Solo lo haré cuando sea necesario.

Gracias a los rayos de sol que entraban por la ventana, ella pudo ver que él estaba valorando, con los ojos entrecerrados, si merecía la pena discutir o no.

Entonces Sigrid recordó lo que quería contarle, la revelación que había tenido en el sueño.

—¡Pero estaba en un error Ragnar! Siempre había creído que mi familia me había vendido a Isgerdur y ahora sé que no es así. Creo que, gracias a ti, se ha anulado el sortilegio que no me permitía recordar mi pasado, ni usar mis poderes para preguntar por mi familia. Y acabo de tener un sueño revelador.

—¿Qué has soñado?

—Que estaba en un palacio donde he encontrado a una niña, que luego me ha dado cuenta de que era yo. Después, he visto a un bebé que la niña me ha dicho que era muy importante y que debía cuidarlo bien —Ragnar la miraba incrédulo —luego he conocido a la reina y he recordado que era mi madre. Se ha puesto muy contenta al verme y me ha dicho que tengo más hermanas y que soy la menor de todas.

—¿Crees que lo que has soñado es real? —ella asintió muy convencida.

—Estoy segura, y también de que es una señal de que, tarde o temprano, las encontraré.

—Lo haremos, no te preocupes —se inclinó para besarla —pero me da igual que seas una princesa o una hechicera, para mí eres mi andsfrende. Mi otra mitad. Mi vida.

Sus palabras hicieron que se le saltaran las lágrimas y pestañeó para ocultárselas.

Al día siguiente emprendieron el camino a casa, rodeados por los soldados de Ragnar y por Mijail, que viajaba en la carreta junto a Bera que también había querido acompañarlos.

Sigrid no estaba acostumbrada a montar a caballo e iba también en la carreta, pero Ragnar había ido a buscarla hacía un rato para que montara durante un

trecho con él, apoyada en su pecho, porque quería hablar con ella sin que nadie los escuchara.

—Hay algo que debo decirte. No lo he hecho todavía porque las cosas han ido demasiado deprisa, pero nunca he querido ocultártelo. Tengo un hijo.

Ella se volvió hacia él con el ceño fruncido y con aspecto de querer matarlo, pero él levantó la mano para que lo dejara explicarse.

—Hay algo sobre él que no quiero que nadie sepa, pero tú eres la mitad de mi alma y necesito que conozcas todos mis secretos. En realidad, Ari no es hijo mío, pero yo lo quiero como tal y siempre será así —Sigrid estaba por encima de todo, pero esperaba que su pequeño no fuera un problema para ella.

—¿Cómo terminó siendo tu hijo? Hay algo que no me cuentas...

—Eres demasiado lista —sonrió —tuve una concubina, pero ella —se encogió de hombros sin ganas de ensuciar ese momento hablando sobre Gerda —ya no está. Esta desterrada y se marchó a otro país cruzando el mar, me aseguré de eso. Pero nunca llegamos a casarnos.

Ella intentó bromear.

—Así que no eres de los que se casan, me alegro de saberlo —rió a carcajadas al sentir cómo la apretaba contra sí, con tal fuerza que casi le impedía respirar, a la vez que se inclinaba sobre su oído.

—A ti te ataré a mí de todas las maneras posibles.

El camino hasta las tierras de Ragnar no era demasiado largo y en pocas horas, antes de que anoheciera, habían llegado.

—Este es nuestro hogar —confesó feliz de haber regresado, ante la torre, como era conocida su casa en toda la región.

La hermosa casa de piedra de color amarillo claro estaba situada sobre una verde colina, y rodeada por una gran empalizada construida con la misma piedra. Era una edificación redonda con almenas en la parte superior y, a pocos metros, habían construido un pozo y, algo más lejos, los establos y dos

graneros.

A unos centenares de metros, estaban el resto de las chozas y cabañas que formaban el pequeño pueblo que había dentro de la empalizada, lo que le confirmó algo que ella imaginaba hacía días, que Ragnar era el jarl de aquellas tierras.

Estaba sentada de nuevo delante de él sin poder dejar de mirar a su alrededor, mientras que el caballo trotaba feliz, sabiendo también que había vuelto a casa.

Cuando llegaron a la entrada de la torre, Ragnar se apeó y luego la bajó a ella y, después, se acercó a una mujer que había salido a recibirlos, junto al resto de sirvientes de la casa y que llevaba a un niño en brazos. Ragnar lo cogió y lo levantó en el aire después de darle un beso y el niño, un bebé rubio, gordito y feliz, comenzó a reír sin parar al reconocerlo, enseñando el único diente que tenía.

Sigrid se acercó a ellos sonriendo, pero su sonrisa desapareció por la sorpresa al reconocer al niño de sus sueños. El que debía cuidar y que ella había creído que sería una premonición de su futuro hijo.

EPÍLOGO

Semanas después, Sigrid estaba sentada en su cama haciendo cosquillas a Ari y el niño reía y pataleaba feliz, totalmente acostumbrado a ella. Tal y como le había avisado su sueño, era muy importante en su vida y estaba segura de que, cuando creciera, se convertiría en un hombre muy especial.

Cuando lo vio en brazos de Ragnar al llegar, lo reconoció, y, esa misma noche, en sueños, siguió recordando.

Se acordó del nombre de su hermana más querida: Lite, y que su madre era la reina Maeve, y también el nombre de todas sus hermanas, que eran seis: Vigdis, Katle, Getha, Jora, Engla y Lite. Recordó un día que fue con sus hermanas a bañarse a la laguna dorada, como hacían a menudo, y como Isgerdur, la secuestró durmiéndola con un hechizo. Volvió a la realidad por el pataleo de Ari que quería llamar su atención. Sabía que tendría más hijos, lo había visto, pero ese niño siempre tendría un lugar especial en su corazón. Ragnar se acercó a ellos y los abrazó, riendo al escuchar cómo el niño protestaba por ser abrazado con tanta fuerza.

Cogió al niño y lo lanzó en el aire haciendo que riera a carcajadas, entonces, Mijail, que venía por el pasillo para hablar con ellos, se acercó como una gallina clueca porque se había convertido en el mayor protector del niño, al que había cogido gran cariño.

—Tened cuidado, milord, aún es muy pequeño —al ver su mirada de preocupación, Sigrid lo tranquilizó.

—Mijail, no pasa nada, mira cómo disfruta con su padre —Ragnar reflexionó algo en voz alta, aunque no pareció darse cuenta de que lo hacía.

—Aunque creo que Haakon no volverá a pedirme ayuda nunca más, os aseguro que he salido ganando.

Mijail alargó los brazos para que le diera al niño.

—Señor, es la hora. Tenéis que vestiros y, si seguís jugando con el pequeño Ari, no llegaréis a tiempo —Ragnar besó a su hijo y lo dejó en manos de su nuevo mayordomo.

—Vistámonos entonces, futura esposa. Parece que tengo que dejar que me ates a ti definitivamente —bromeó, pero ella no pensaba callarse.

—No tengo ningún problema en que sigamos viviendo juntos sin hacernos ninguna promesa. De esa manera, cuando cualquiera de los dos quiera marcharse, es libre de hacerlo —ahogó una exclamación al sentir como la cogía por la cintura y se inclinaba para morderla con fuerza en el hombro.

—Ni se te ocurra pensarlo. Ya no te me escapas, princesa.

Ella rio al escuchar cómo la llamaba últimamente y se besaron mientras oían a Mijail gritando a través de la puerta que los invitados empezaban a llegar, y que debían vestirse de una vez. Cuando se separaron con un suspiro, ella miró a Ragnar intentando parecer arrepentida,

—Creo que tendríamos que hacerle caso —él la hizo volverse en sus brazos y sus sombras se unieron en una sola, bajo la luz del sol que entraba por la ventana.

—Sabes que no soy un hombre que tenga facilidad de palabra, pero has cambiado mi vida, amor mío, y algún día espero ser capaz de explicarte lo que siento por ti.

Ella sonrió y enmarcó su cara con las manos para contestarle mirando sus fieros ojos azules.

—Ya lo has hecho.

Se pegó a él abrazándolo, decidiendo esperar unos días antes de anunciarle que provenía de una isla mágica llamada Selaön, a la que tenían que viajar para visitar su familia.

Ahora solo quería disfrutar del sentimiento de pertenecer a ese hombre fuerte, valiente y generoso que le había entregado su alma y le había devuelto sus

recuerdos.

FIN

¡Hola!

Soy Margotte Channing, la escritora de esta novela

Quiero invitarte a participar en un SORTEO que realizo solo con mis lectores, para ganar una de mis NOVELAS GRATIS (puedes elegir la que quieras cuando ganes).

Si estás interesado o interesada solo tienes que ir al enlace www.margottechanning.com/sorteo y rellenar con tu nombre, correo electrónico y muy importante, ¡el código secreto! “SIGRID”

A final de mes realizaré el sorteo y te mandaré un correo con el ganador.

Muchas gracias por tu atención, y ¡buena suerte!

Margotte Channing

www.margottechanning.com



Copyright © 2019 Margotte Channing
Todos los derechos reservados.